

R. V. Levesma

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMO OCTAVO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, Nº 4

1871

GOVERNMENT OF CANADA

PARLEMENT DU CANADA

THE PARLIAMENT OF CANADA



ADMINISTRATION CENTRALE
DU PARLEMENT DU CANADA
1971

INDICE

DE LAS MATERIAS Y GRABADOS

DEL TOMO TRIGÉSIMO OCTAVO

DEL

CORREO DE ULTRAMAR

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 963.		Llegada de un tren de prisioneros procedente de Alemania (grabado)	40	nias de Paris (grabado)	80
El viaducto del Point-du-Jour (grabado)	1	Estado actual del fuerte de Issy (grabado)	41	Problemas de ajedrez (grabado)	id.
Los destrozos de la guerra civil (grabados)	2	Bernabé Rudge	42	Número 968.	
Ricardo Corazon de Leon	id.	Las ruinas de Paris (grabados)	44	El pago de los cinco mil millones de francos (grabado)	82
El Juramento	3	Historia natural: El lenguaje de los animales	id.	El palacio de Tullerías	id.
Revista de Paris	6	El orgullo de un hombre	45	El Hotel de Villa de Paris (grabados)	83
Poesía	7	Aspecto interior del Granero de Abundancia (grabado)	48	Revista de Paris	86
Entrada en Paris de las primeras tropas del ejército regular, el 21 de mayo (grabado)	id.	Número 966.		Poesía	87
La insurreccion de Argelia (grabados)	10	Las ruinas: Estado actual del puente de Champigny en las cercanías de Paris (grabado)	49	Una hora en casa de M. de Lamartine	id.
El orgullo de un hombre	id.	Revista española	50	Asnieres (grabados)	88
Exequias de Monseñor Darboy (grabado)	11	Los pontones de Brest (grabados)	54	Escenas de la vida inglesa	90
La administracion de Correos en Versalles (grabado)	13	Revista de Paris	id.	El orgullo de un hombre	91
Bernabé Rudge	14	Poesía	55	Explosion de la cartuchería de Vincennes (grabado)	id.
La caza de hombres en las Catacumbas de Paris (grabado)	16	La gran revista del 29 de junio en Longchamp (grabado)	id.	Tienda de un jefe caledona (grabado)	93
Número 964.		Los correos aéreos durante el sitio de Paris (grabado)	59	Bernabé Rudge	94
La Alsacia de los prusianos (grabado)	17	Los insurrectos de Paris prisioneros en los puertos (grabado)	60	La Nueva Caledonia y los neo-caledonios (grabados)	96
Los Hombres de la Commune	18	El fuerte de la isla Madame: El paseo de los prisioneros (grabado)	id.	Número 969.	
Paseo por las ruinas del Palacio de Justicia (grabado)	19	El conde Agenor de Gasparin (grabado)	id.	Monseñor Guibert, arzobispo de Paris (grabado)	97
Revista de Paris	22	Bernabé Rudge	61	La Commune, ó el incendio de Paris por los comunistas	98
Los prisioneros en Versalles (grabados)	23	Los suscritores al empréstito de dos mil millones en el Palacio de la Industria (grabado)	id.	El pozo del asesinato	99
El orgullo de un hombre	26	Las ruinas de Paris: Estado actual de los Docks de la Villette (grabado)	64	Incendio del palacio ducal de Nancy (grabados)	id.
Las ruinas del Palacio Real (grabado)	28	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Las ruinas del Hotel de Villa (grabado)	101
Las tropas en el patio del Palacio Real (grabado)	id.	Número 967.		Revista de Paris	102
Correspondencia de Alsacia (grabados)	29	Los prisioneros de la insurreccion en la rada de Brest (grabado)	66	Poesía	103
Funeral de la señorita Riton en Estrasburgo (grabado)	id.	Los Hombres de la Commune	id.	Honor á la virtud modesta	id.
Bernabé Rudge	30	Los correos aéreos durante el sitio de Paris	67	El emperador de Rusia en Estrasburgo (grabado)	id.
El duque de Chartres, Robert-le-Fort (grabado)	31	Sucesos de Italia: El rey Victor Manuel en Roma (grabado)	70	Sucesos de Argelia (grabados)	id.
Problemas de ajedrez (grabado)	32	La Colonia artística de Chailly del Bosque (grabado)	id.	El orgullo de un hombre	106
Número 965.		Revista de Paris	id.	Escenas de la vida inglesa	107
Emigracion á Francia de los muchachos alsacianos (grabado)	33	El palacio de Tullerías (grabados)	71	La Nueva Caledonia y los neo-caledonios (grabados)	109
Los Hombres de la Commune	34	El orgullo de un hombre	74	Bernabé Rudge	110
El aniversario del pontificado de Pio IX en Madrid (grabado)	35	Los Hombres de la Commune (grabado)	78	Los Paletuvios (grabado)	112
Correspondencia de Alsacia (grabados)	36	Bernabé Rudge	id.	Número 970.	
Explosion de la cartuchería de Vincennes (grabado)	38	Estado actual del puente de Argenteuil en las cercanías de Paris (grabado)	id.	La insurreccion de Argelia (grabados)	114
Revista de Paris	id.			Revista española	id.
Poesía	39			Revista de Paris	118
El regalo de boda	id.			El Hotel de Villa (grabado)	119
				Bernabé Rudge	122
				Escenas de la vida inglesa	123

Número 985.

	Págs.
Karl Marx, jefe de la <i>Internacional</i> (grabado)	353
Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	354
Misterios de Paris (grabado).	356
Recuerdos de un guardia móvil.	358
Revista de Paris.	id.
Poesía.	359
Exposicion universal argentina (grabados).	360
Moscú (grabados).	364
Bernabé Rudge.	365
¿Qué hará de ello?	367
Exposicion de la Sociedad de socorros á los heridos (grabado).	368

Número 986.

Exequias del general Raoult en Meaux (grabado).	369
Exposicion Universal argentina.	370
Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	id.
El teatro de Angers (grabado).	371
Misterios de Paris (grabado).	374

Revista de Paris.	id.
La asociacion internacional de trabajadores.	375
Oasis de Laghouat en la provincia de Argel (grabado).	376
Bernabé Rudge.	378
Moscú (grabados).	380
Nuevo hospital (Hotel-Dieu) en Paris (grabado).	382
¿Qué hará de ello?	id.
Servicio fúnebre celebrado á la memoria del duque de Orleans, en la capilla de Sablonville (grabado).	384
Problemas de ajedrez (grabado).	id.

Número 987.

Brigham Young, presidente de los mormones; (grabado).	385
La asociacion internacional de trabajadores.	386
Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	387
Escuela de Bellas Artes (grabados).	390
Revista de Paris.	id.
Poesía.	391

Número 988.

El incendio de Ginebra (grabados).	392
Bernabé Rudge.	393
Los mármoles de los Pirineos (grabados).	395
¿Qué hará de ello?	398
El papel moneda (grabado).	400
Número 988.	
Los establecimientos militares de Ruan (grabados).	401
Revista de Paris.	402
Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	403
El país de los mormones (grabados).	405
Revista española.	id.
Resumen de las tareas y actos de la Academia española en el año académico de 1870 á 1871.	410
Bernabé Rudge.	411
Las elecciones (grabados).	412
La Francia pintoresca (grabado).	414
¿Qué hará de ello?	id.
Bellas Artes : Los envios de Roma (grabados).	416



1	El estudio de la lengua castellana	1
2	La morfología de la lengua castellana	2
3	La sintaxis de la lengua castellana	3
4	La semántica de la lengua castellana	4
5	La fonética de la lengua castellana	5
6	La ortografía de la lengua castellana	6
7	La prosodia de la lengua castellana	7
8	La historia de la lengua castellana	8
9	La geografía de la lengua castellana	9
10	La sociolingüística de la lengua castellana	10
11	La psicología de la lengua castellana	11
12	La pedagogía de la lengua castellana	12
13	La literatura de la lengua castellana	13
14	La cultura de la lengua castellana	14
15	La ciencia de la lengua castellana	15
16	La tecnología de la lengua castellana	16
17	La filosofía de la lengua castellana	17
18	La ética de la lengua castellana	18
19	La estética de la lengua castellana	19
20	La religión de la lengua castellana	20
21	La política de la lengua castellana	21
22	La economía de la lengua castellana	22
23	La sociología de la lengua castellana	23
24	La antropología de la lengua castellana	24
25	La arqueología de la lengua castellana	25
26	La etnohistoria de la lengua castellana	26
27	La epigrafía de la lengua castellana	27
28	La numismática de la lengua castellana	28
29	La sigilografía de la lengua castellana	29
30	La paleografía de la lengua castellana	30
31	La filología de la lengua castellana	31
32	La lexicología de la lengua castellana	32
33	La lexicografía de la lengua castellana	33
34	La onomástica de la lengua castellana	34
35	La toponimia de la lengua castellana	35
36	La etimología de la lengua castellana	36
37	La morfología de la lengua castellana	37
38	La sintaxis de la lengua castellana	38
39	La semántica de la lengua castellana	39
40	La fonética de la lengua castellana	40
41	La ortografía de la lengua castellana	41
42	La prosodia de la lengua castellana	42
43	La historia de la lengua castellana	43
44	La geografía de la lengua castellana	44
45	La sociolingüística de la lengua castellana	45
46	La psicología de la lengua castellana	46
47	La pedagogía de la lengua castellana	47
48	La literatura de la lengua castellana	48
49	La cultura de la lengua castellana	49
50	La ciencia de la lengua castellana	50
51	La tecnología de la lengua castellana	51
52	La filosofía de la lengua castellana	52
53	La ética de la lengua castellana	53
54	La estética de la lengua castellana	54
55	La religión de la lengua castellana	55
56	La política de la lengua castellana	56
57	La economía de la lengua castellana	57
58	La sociología de la lengua castellana	58
59	La antropología de la lengua castellana	59
60	La arqueología de la lengua castellana	60
61	La etnohistoria de la lengua castellana	61
62	La epigrafía de la lengua castellana	62
63	La numismática de la lengua castellana	63
64	La sigilografía de la lengua castellana	64
65	La paleografía de la lengua castellana	65
66	La filología de la lengua castellana	66
67	La lexicología de la lengua castellana	67
68	La lexicografía de la lengua castellana	68
69	La onomástica de la lengua castellana	69
70	La toponimia de la lengua castellana	70
71	La etimología de la lengua castellana	71
72	La morfología de la lengua castellana	72
73	La sintaxis de la lengua castellana	73
74	La semántica de la lengua castellana	74
75	La fonética de la lengua castellana	75
76	La ortografía de la lengua castellana	76
77	La prosodia de la lengua castellana	77
78	La historia de la lengua castellana	78
79	La geografía de la lengua castellana	79
80	La sociolingüística de la lengua castellana	80
81	La psicología de la lengua castellana	81
82	La pedagogía de la lengua castellana	82
83	La literatura de la lengua castellana	83
84	La cultura de la lengua castellana	84
85	La ciencia de la lengua castellana	85
86	La tecnología de la lengua castellana	86
87	La filosofía de la lengua castellana	87
88	La ética de la lengua castellana	88
89	La estética de la lengua castellana	89
90	La religión de la lengua castellana	90
91	La política de la lengua castellana	91
92	La economía de la lengua castellana	92
93	La sociología de la lengua castellana	93
94	La antropología de la lengua castellana	94
95	La arqueología de la lengua castellana	95
96	La etnohistoria de la lengua castellana	96
97	La epigrafía de la lengua castellana	97
98	La numismática de la lengua castellana	98
99	La sigilografía de la lengua castellana	99
100	La paleografía de la lengua castellana	100



EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 963.

Administracion general y Redaccion: Passage Saulnier, número 4, en Paris.



LAS RUINAS DE PARIS. — El viaducto del Point-du-Jour.

SUMARIO.

Las ruinas de París: El viaducto del Point-du-Jour; grabado. — Los destrozos de la guerra civil: De Asnières al Point-du-Jour; grabados. — Ricardo Corazon de Leon. — El juramento. — Revista de París. — Poesía: El Abencerraje. — Entrada en París de las primeras tropas del ejército regular, el 21 de mayo; grabado. — La insurrección de Argelia; grabados. — El orgullo de un hombre. — Exequias de Monseñor Darboy; grabado. — La administración de Correos en Versalles: Clasificación y arreglo de las correspondencias en la galería de las Batallas en el palacio de Versalles; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — La caza de hombres en las Catacumbas de París; grabado.

Los destrozos de la guerra civil.

DE ASNIERES AL POINT-DU-JOUR.

¡De Asnières al Point-du-Jour! viaje agradable en verdad, pues que ofrece en el día un triste espectáculo. No se ven mas que ruinas por todas partes.

Nada mas deplorable que el aspecto de Asnières. ese alegre pueblecillo tan frecuentado por los parisienses.

¿En dónde están los frescos bosquecillos de las orillas del Sena? Todos los árboles han desaparecido, así como tambien han caído los puentes hechos pedazos.

Aquí el puente de Asnières medio destruido; allí el de Clichy-la-Garenne, de construcción reciente, y que aparece hoy sin los dos arcos de sus extremidades.

Entre ellos queda el del ferro-carril, por donde pasan los trenes. Sin embargo, no se vaya á creer que no haya tenido ninguna avería; únicamente la armazón metálica está en su sitio, y ella sostiene los rails; pero está acribillada, es como un enrejado á cuyo través, cuando se pasa el Sena, se distinguen perfectamente las aguas.

Y estamos no mas que en el principio.

Saltemos del wagon en el sitio que fué la estación, *campos ubi Troja fuit*. Diríase tambien que han estado ahí los griegos, al ver los destrozos; con paso rápido lleguemos al boulevard del Sena. El restaurant del terrado, como una criba, y lo mismo el del almirantazgo; lo que no impide que se coma ahí como no se ha comido nunca. ¡Qué apetito en todos los viajeros! Pero eso sí, que na vayan mas lejos, al Chalet, en busca de fritura, ni de nada; las bombas de los wagones blindados lo han destruido todo.

Sigamos adelante.

Hé aquí la *villa de París*, que parece de encaje. En el esquinazo de la calle Traversiere hay otras dos casas en peor estado aun: luego una manzana entera, un enorme hundimiento, informes montones de piedras y de escombros.

Relativamente, el palacio ha tenido fortuna. Con efecto, algunos agujeros en su fachada, algunas averías en la galería del coronamiento, y eso es todo. En cuanto al parque, todo está trastornado, sin plantas y sin árboles.

Tal es una de las vistas de Asnières, que no puede dar la idea general de los destrozos. Sin embargo, diremos que á medida que uno se aleja del Sena hay menos ruinas.

Subiendo la orilla del río, en dirección al puente de Neuilly, se encuentra á la altura de la isla de la Grande-Jatte, el palacio de Becon, que se ha hecho célebre en la guerra civil. En su terrado hubo una lucha encarnizada, que ha dejado señales.

Un punto particularmente destrozado por los proyectiles, es el que ocupan las casas del ángulo en la avenida de Neuilly, mas allá del puente. Es verdad que en la parte de acá sucede lo mismo. Del puente á la puerta Maillot no se pueden contar veinte casas sin heridas mas ó menos graves. Si algunas han sufrido poco, en otras las heridas son mortales. Habrá que reconstruirlas enteramente. Lo mismo diremos de Neuilly, donde hay calles convertidas en ruinas, como la calle de Chezy, en la cual se distinguen los restos de una antigua barricada. Quizás, buscando bien, se acertaría á encontrar una casa habitable, pero no dos; todas están agujereadas, hundidas, y otras amenazan hundirse.

En la puerta Maillot es peor todavía. No en balde han trabajado por esa parte durante dos meses los cañones del Monte Valeriano, del palacio de Becon y del Rond-Point de Courbevoie. Aquí se puede dar rienda suelta á la imaginación, sin temor de extraviarse en las exageraciones.

En primer lugar, es inútil buscar la estación, porque hasta han barrido los escombros. ¡Esa hondonada, cubierta de restos de toda clase, es el túnel!

Dejemos las casas y continuemos la excursión con nuestros dibujantes.

El viaducto del Point-du-Jour ha sufrido menos de lo que se podía creer, expuesto como lo ha estado al fuego incesante de las baterías del Sur. ¡Cosa singular! La estación del ferro-carril, á pesar de su posición culminante, no ha tenido otra pérdida que la de sus cristales.

Subiendo hacia Auteuil, el mal es mucho mayor. Las casas del boulevard Excelmans, á lo largo del viaducto, han tenido grandes averías. La esquina de la calle Molitor está casi destruida, así como la calle Chanez. El aspecto de la estación de Auteuil es lamentable.

El tablero de hierro que une la estación al viaducto se ha roto, y de la estación no quedan mas que algunos restos. La techumbre de zinc cuelga por todas partes. Es una ruina que rodea un círculo de ruinas. Una de las casas tiene un aspecto terrible. Completamente hundida por una parte, se ha quedado en pie; diríase que quiere ostentar á la vista sus cinco pisos, puestos en evidencia como sus entrañas. Es su venganza. Esa casa protesta; protesta contra todas esas violencias á las que acabamos de asistir, y que han causado tantas víctimas.

¡Si siquiera sirviera de lección!

Pero es locura pensar que en Francia aprovechan las lecciones... cuando son buenas.

C. P.

Ricardo Corazon de Leon.

I.

Nació en Londres, en 1156. Sucedió á su padre Enrique II en el trono de Inglaterra en 1189. La primera pasión de que se dejó dominar fué la sed del oro. En el momento en que se vió consagrado y coronado, vendió sus ciudades, tierras y castillos, y tambien algunas propiedades territoriales que no le pertenecían. Seria yo capaz de vender á Londres, decia el rey á sus cortesanos, si encontrara un comprador.

Ricardo se habia empeñado con juramento para emprender un viaje á la tierra santa, con Felipe Augusto, rey de Francia. Por tanto se creyó que las sumas acumuladas de resultados de tantas enajenaciones de dominio se aplicarían á la expedición contra infieles, pero Ricardo no se apresuraba á cumplir su promesa. El rey de Francia tuvo que enviarle sus embajadores reclamándola y anunciándole haberse señalado definitivamente para ponerse en camino la pascua inmediata. No juzgando ya prudente diferir la partida, convocó Ricardo una asamblea general de condes y barones, en la cual todos los que como él habian hecho voto de tomar la cruz, ofrecieron dispondr su viaje para la época citada. Los embajadores franceses juraron *por el alma* del rey Felipe Augusto, y los barones de Inglaterra *por el alma* de Ricardo. Se reunió, en efecto, una escuadra en Douvres, y en 1190, Ricardo se embarcó para la tierra santa.

Al partir establecieron los reyes de Inglaterra y Francia un pacto de alianza y de confraternidad de armas, jurando cada uno de ellos defender la vida y el honor del otro, favoreciéndose mutuamente en los peligros: que el de Francia mantendría los derechos del de Inglaterra como su propia ciudad de París; y que el de Inglaterra habia de mantener los del de Francia como su propia ciudad de Rouen.

Aportaron á Italia los dos compañeros de viaje y continuaron su derrota, despues de algunas diferencias harto serias, que probaron estar muy distantes Ricardo y Felipe del deseo de cumplir lo que habian jurado.

Digno es de notarse el decreto que se expidió en ambos campos antes de hacerse nuevamente á la vela. «Sabed que está prohibido á toda persona, exceptuando los caballeros y los clérigos, jugar dinero á ningún juego, durante el pasaje. Los clérigos y los caballeros podrán jugar hasta perder veinte sueldos en todo un día y una noche; y los reyes hasta la cantidad que tengan por conveniente. En compañía ó á bordo de las embarcaciones, en que navegan los dos soberanos, y con su permiso, podrán jugar los sargentos de armas reales hasta veinte sueldos: en compañía de los arzobispos, obispos, condes y barones, y con su permiso, sus sargentos de armas pueden asimismo jugar igual suma. Pero si los sargentos de armas, trabajadores y marineros se atreviesen á jugar sin licencia, se impone á los primeros la pena de ser azotados una vez al día por tres días consecutivos; y los segundos serán sumergidos, desde lo alto del palo mayor, tres veces en la mar.»

Felipe Augusto llegó el primero á San Juan de Acre, sitiada entonces por los cristianos que Salah Eddin habia echado de la Palestina: Ricardo se le reunió algun tiempo despues, habiendo ya conquistado la isla de Chipre en que reinaba un príncipe de la raza de los Comnenos. Adelantaron rápidamente el sitio de San Juan de Acre: abrióse la brecha en pocos días; y la guarnición, compuesta de cinco mil hombres, se vió forzada á capitular. Esta victoria, que produjo entre los cristianos de Oriente el mayor entusiasmo, no aseguró, sin embargo, la concordia entre los dos monarcas. Ellos y sus soldados se aborrecían mutuamente, se calumniaban y se injuriaban con frecuencia. El de Inglaterra que vió enarbolada al lado de la suya sobre los muros de Acre la bandera del duque de Austria, mandó quitarla y la hizo pedazos; y poco despues fué asesinado el marqués de Monferrat, tambien por disposición de aquel. Todo era, pues, rivalidad, división, injusticia y violencia.

Felipe Augusto enfermó pocos meses despues, y creyó tambien, ó afectó creer que Ricardo le habia envenenado. Con este pretexto abandonó la empresa, y dejó á sus compañeros de expedición que terminasen la guerra contra los infieles. Ricardo, mas obstinado, continuaba haciendo los mayores esfuerzos para apoderarse de la santa ciudad.

Sus hazañas habian hecho terrible su nombre en el Oriente; y entre tanto Inglaterra ardia en disensiones motivadas por su ausencia. Al partir á Palestina habia el rey autorizado competentemente á su hermano, que solo llevaba entonces el título de conde de Mortain. Fiel á un instituto que el mismo Ricardo atribuía á todos los individuos de su familia, desconfiaba hasta de sí. Guillermo de Longchamp, obispo de Ely, quedó encargado por el rey de la dirección de los negocios, bajo la denominación de *Canciller* y *Gran-Justicia* de Inglaterra. Por último, Ricardo exigió juramento á Godofredo, su hermano natural, de no pisar el territorio inglés por espacio de tres años; en creencia de que no duraría tanta la guerra contra infieles.

El canceller y Gran-Justicia, apoderado de la autoridad soberana, se dió prisa á acumular riquezas para él y para los suyos, abrumando á la nación con insostenibles contribuciones. Se daba toda la importancia de un monarca, sellaba con su propio sello en vez de usar el de las armas de Inglaterra; tenia para custodia de su palacio una guardia numerosa: se hacia escoltar de mil y mas hombres siempre que se presentaba en público; y, para que nada faltase á la magnificencia de su corte, dispuso que algunos juglares y cancioneros franceses pasasen á Inglaterra y discurriesen de ciudad en ciudad cantando por las calles y plazas versos en honor del canceller, diciéndose en ellos que era en el mundo *el hombre sin par*.

Juan, conde de Mortain, hermano del rey, tan ambicioso y tan vano como el canceller, estaba devorado por la envidia. Muchos de los súbditos de Ricardo á quienes habian indignado las rapiñas de su lugar-teniente, se unieron al conde, y en breve estalló entre los dos rivales la guerra.

Por otra parte Godofredo, elegido arzobispo de York en tiempo de su padre, y que no habia obtenido la confirmación del papa, la consiguió, con el permiso de consagrarse en Tours. Verificada la consagración trató de partir á Inglaterra no obstante el juramento prestado. El canceller, noticioso de la determinación de Godofredo le prohibió en nombre del rey que se embarcase; pero, despreciando aquel la orden que se le habia comunicado, verificó su viaje.

II.

Desembarcó en Inglaterra Godofredo, se ocultó en un monasterio, y los soldados de Longchamp le condujeron á un castillo. El conde de Mortain entró en la capital, y convocó allí un gran consejo de barones y de obispos, acusando al lugar-teniente de todos los excesos cometidos; y este fué depuesto, jurándose en Londres obediencia y fidelidad al *señor rey Ricardo*, y despues de él al conde Juan, á quien prometieron reconocer como rey y señor, si su hermano moría sin hijos.

Ricardo habia nombrado ya por sucesor á la corona á su sobrino Arturo.

Longchamp renunció al proyecto de defenderse en la torre de Londres y pidió capitulación, que le fué concedida, dejándole en libertad bajo la condición de entregar al nuevo lugar-teniente las llaves de todos los castillos del rey.

En 1192 pidió Felipe Augusto al papa la dispensa del juramento de alianza que habia prestado á Ricardo, el cual recibia con frecuencia noticias de Europa, por los peregrinos que se presentaban en Palestina.

Sabedor de lo que ocurría en Inglaterra; cierto de la enemistad, del aborrecimiento de Felipe Augusto, y receloso de que el conde de Mortain se le uniese, y entre ambos cooperasen contra sus intereses, concluyó con los sarracenos una tregua de tres años, tres meses y tres días; y dió la vuelta á Europa, no obstante el voto de no abandonar la santa empresa que habia acometido.

No quiso desembarcar en Sicilia, temiendo alguna emboscada de los parientes del marqués de Monferrat: entró en el golfo Adriático, casi de incógnito, y fué embestido por unos piratas con quienes hizo amistad despues, trasbordándose á una de sus naves en que fué conducido á Zara sobre la costa de Esclavonia.

Tomó tierra en compañía de un baron normando, llamado Balduino de Bethune, dos de sus capellanes y algunos caballeros templarios. El señor territorial de Zara, á quien pidió salvo conducto, enviándole un anillo, reconoció por la joya que el dueño era Ricardo de Inglaterra: y un hermano del señor de Zara, que gobernaba en una ciudad inmediata, trató de apoderarse del monarca inglés por medio de un espía, que encontrándole, reconociéndole y revelándole la asechanza, le facilitó la fuga.

Acompañó á Ricardo su íntimo amigo Guillermo de L'Étang y un criado que sabia la lengua teutónica; y caminaron tres días y tres noches sin tomar alimento ni saber adónde dirigirse. Halláronse en territorio del duque de Austria, Leopoldo, aquel cuya bandera fué ultrajada por Ricardo en Palestina, y á poco llegaron los fugitivos á Viena, residencia del duque, fatigados y hambrientos.

Ya se sabia en Austria que Ricardo habia desembar-

cado en Zara. El duque Leopoldo, deseando vengarse, y con la esperanza de obtener un cuantioso rescate, destacó por todas partes espías y hombres de armas para que se apoderasen de su enemigo. El criado de quien ya se ha hecho referencia dió que sospechar mas de una vez: lo prendieron, le dieron tormento y confesó cuanto deseaba Leopoldo: la casa en que residía Ricardo fué cercada: le obligaron á rendirse; y encerrado en prision estrecha, le pusieron guardias de vista que lo custodiaban noche y día con la espada desnuda.

El emperador de Alemania reclamó de su vasallo Leopoldo la persona de Ricardo, so pretexto de que solo un emperador podia tener prisionero á un rey. Leopoldo lo entregó reservándose una parte del rescate que se obtuviese, y Ricardo fué trasladado desde Viena á Worms, y depositado en una de las fortalezas imperiales. Felipe Augusto se dió mil parabienes al saber que el rey de Inglaterra estaba en poder del emperador, y le escribió diciéndole que si quería enviársele para que él lo custodiase en Francia, le daría una suma igual á la que se le ofreciera por la libertad del prisionero, pues mientras aquel hombre turbulento no estuviese encerrado, no habría sosiego en el mundo. A esta oferta asoció el rey de Francia todas las intrigas posibles para perjudicar á Ricardo en sus dominios, poniéndose de acuerdo al intento con el conde de Mortain; el cual anunciaba unas veces á sus súbditos que Ricardo había fallecido, y persuadía otras á desentenderse de sus juramentos si estuviese vivo: porque hallándose cautivo debía ser considerado como muerto.

Guillermo de Longchamp fué á buscar á Ricardo, le visitó, y haciendo con él causa comun contra el conde de Mortain, prestó grandes servicios al prisionero. La Dieta germánica, reunida en Worms absolvió á este de todos los cargos mediante la suma de cien mil libras de plata, y el pleito homenaje que en calidad de vasallo al emperador de Alemania.

Dos años trascurrieron sin que en Inglaterra se consiguiese reunir la cantidad ofrecida por el rescate del rey: sus enemigos lo estorbaban. Hicieronse al efecto dos colectas; se entregó una gran suma á cuenta del total, y la tercera parte fué consignada al duque Leopoldo. Ricardo dejó rehenes en Alemania por el resto, y se dispuso á partir á Inglaterra.

Felipe Augusto y el conde de Mortain prometian tesoros al emperador, si consentia en negar la libertad á Ricardo; y á no haberse pronunciado solemnemente en contra de esta villanía la Dieta germánica, tal vez el cautivo hubiera gemido mucho mas tiempo en su prision; pero en enero de 1194 fué sacado de ella. Empezó su viaje, y llegó á Sandwich con facilidad, no obstante las nuevas tentativas del emperador para volver á aprisionarle.

Fuó recibido el rey Ricardo con grandes demostraciones de alegría. La mayor parte de los condes y de los barones se declaró por la justicia de su causa. El parlamento había fulminado poco antes de su anatema contra el conde de Mortain, considerándolo como enemigo público, y mandando se confiscasen sus tierras, y se sitiasen sus castillos. Publicábase esta sentencia en las iglesias cuando el rey llegó, y muchas de las guarniciones, noticiosas de su llegada, cedieron al nombre de *Corazon de Leon*, y se entregaron. La de Nottingham no dió crédito á la noticia y resistió. El rey, antes de dirigirse á Londres, pensó en someterla: marchó contra Nottingham con un ejército y asaltó la ciudad; pero las gentes de armas se retiraron al castillo y se fortificaron allí. Entonces Ricardo hizo levantar una grande horea y colgar en ella varios de los prisioneros que se cogieron en el asalto. El castillo se rindió á discrecion inmediatamente.

Entró en Londres en 1194 y se coronó por segunda vez, anulando en seguida todas las enajenaciones de dominio que hizo por venta antes de partir á Palestina. Esta disposicion despótica é injusta indignó á toda la nacion, y muy particularmente á los que adquirieron del rey las propiedades de que ahora se les despojaba, pero nadie tuvo valor para oponerse, y todos entregaron lo que se les pedía. Inglaterra fué sacrificada, además, con enormes tributos para el rescate de los rehenes que Ricardo dejó en Alemania, y para la guerra que promovió contra los ingleses Felipe Augusto, á quien se alió el conde de Mortain.

Ricardo marchó á Normandía, y colocados los dos ejércitos frente á frente, el de Felipe Augusto era el que menos garantías contaba para el triunfo. Entonces el conde calculó que podria convenirle abandonar á los franceses, prometiéndose de su hermano Ricardo perdon y olvido. Invitó, pues, á muchos de los caballeros que acompañaban á Felipe Augusto, y en una fiesta que les tenia preparada mandó que fuesen asesinados. Despues de esta horrible traicion se presentó al rey de Inglaterra, el cual recibíendole con el mayor desprecio jamás le honró con su confianza.

Felipe Augusto fué arrojado de muchas ciudades en Normandía, y concluyó una tregua con Ricardo, que marchando en seguida á la Aquitania sujetó y castigó á los insurgentes de aquel país. El rey de Francia rompió la tregua, y los dos ejércitos se presentaron en batalla en Saintonge, cerca de Niort, donde se ajustó otro tratado de tregua por diez años y se licenciaron las tropas, *no queriendo* (dicen las crónicas) *ocuparse ya de cosas de guerra los dos reyes, sino de la caza y del juego, y de hacer injusticias cada uno de ellos á sus súbditos.*

Continuaron en uno y otro reino las turbulencias; y los súbditos de Ricardo fueron víctimas sacrificadas en

todos sentidos al carácter orgulloso, impetuoso, vengativo y avaro de su señor. Se levantaron patíbulos en Inglaterra para los que clamaban en defensa de los derechos de la nacion, pronunciándose contra exacciones destructoras, y contra dilapidaciones no necesarias. Por último, en 1199, creyendo el monarca inglés que en Chalus (*Limosin*) había un tesoro, y deseoso de apoderarse de él, envistió la plaza, pagando en esta empresa con la vida su desmesurada ambicion. Fué herido, y falleció de resultas, á seis de marzo del año indicado. Su cuerpo fué sepultado en la abadía de Fontevrault, donde moraban los restos de su padre. No dejó hijos y le sucedió en el trono su hermano, á quien llaman los historiadores *Juan sin tierra*. Este príncipe, de cuyo carácter habrán podido ya formarse una idea nuestros lectores, no se desmintió desde su pronunciamiento contra Ricardo; y de crimen en crimen llegó hasta el trono, deshaciéndose, sin reparar en los medios, de todos cuantos podian presentarle algun obstáculo. X.

El juramento.

El estado de ausencia es para los amantes, esposos y aun para los padres respecto de sus hijos el agente mas poderoso que proporciona el olvido, borra las impresiones mas fuertes, y ni se resiente á veces de revocar los juramentos que le inspiró la presencia de los seres á quienes fueron consagrados. Tan cierto es que en general y para desgracia de la sociedad, las pasiones amorosas de los hombres mas se cifran en su parte física que moral. Hay, sin embargo, como en toda regla, excepciones particulares: excepciones que si no se respetan, pueden motivar consecuencias de suma trascendencia. La molestia, el desagrado, y aun el hastío que en el primer caso causa por lo comun la precipitacion de entregarse sin exámen á la vehemencia efímera de una pasion que solo aspira á saciar los deseos de su enardecimiento, suele ser en el segundo, el mas estrecho vínculo de felicidad que asegura un bienestar de por vida.

En la eleccion acertada está la solucion de tal enigma.

En el año de 1577 se hallaban en la ciudad de Andujar el valeroso capitán Manrique de Guzman y una jóven hermosa llamada Matilde de Fonseca, que apenas contaba quince años. El trato de sus dos ilustres familias les había hecho conocerse, y la simpatía de sus corazones en un principio, y despues las estrechas relaciones que entablaron mútua y tiernamente amarse. Guzman, á la par que guerrero colmado de distinciones en premio de sus proezas, era hombre de vastos conocimientos, perito en las lenguas orientales, y dotado de tanta sensibilidad, cuanto celoso de sus preeminencias, orgulloso sin fatuidad, y amigo de cumplir sus promesas.

Era grande en las adversidades, generoso con el vencido, y solo una vez se cuenta de él haberle visto derramar lágrimas en ocasion de saber que un hermano suyo á quien quería entrañablemente, había sido hecho cautivo y llevado á la presencia del gran Señor. Todos los días se aseguraban los dos amantes mayor constancia en quererse que el día que acababa de pasar. Corrian los deliciosos instantes de su vida sin azares ni fatigas. Palabras de consuelo, ternezas amorosas, que es el espíritu balsámico de la felicidad para dos almas que se quieren, salian solamente de su boca.

Ajenos de separarse por entonces no se curaban del porvenir, cuando sorprendido por mandato del rey Felipe II, que regia la monarquía, se le encargaba partiese inmediatamente de España para unirse al ejército del vencedor de Lepanto. Como vasallo fiel y á su rey subordinado, se apresuró para partir, pero le era forzoso despedirse antes de la prenda mas querida de su corazon.

Era una noche de verano cuando había de separarse del ídolo á quien había consagrado su existencia. Habían salido de paseo, como de costumbre tenian, con su familia, y se hallaban sentados en aquel elevado puente que abre paso al caudaloso Guadalquivir. El ruido sordo y lejano de sus presas, con el murmullo blando de los árboles de la ribera, en cuyas altas y frondosas copas reverberaban los rayos de la luciente luna, excitaba el alma sensible de Guzman y la no menor vehemencia de su querida.

Las doce de la noche estaban dando cuando llegaron al mismo sitio dos criados de Manrique cada cual con un caballo ricamente enjaezado.

— Voy á separarme de tí, exclamó el caballero, en este instante. ¿Me juras no ser de nadie mientras yo viva?

— Lo juro, respondió Matilde.

— ¿Me prometes no escuchar á quien pretenda tu amor?

— Lo prometo.

— ¿Me autorizas para tomar venganza de tí si eres perjura?

— Te autorizo para que dispongas de mi vida.

Montó en seguida en el mejor caballo, y en el

otro su asistente. Un instante antes de separarse demandó Matilde al criado el encargo que le tenía hecho, y al punto, descolgando este una hoja damasquina labrada con puño de oro esmaltado que traía á la grupa de su caballo la puso en manos de su señora. Matilde, entonces, poseída de un ardiente entusiasmo, díjole estas palabras:

— Combate con esta espada por el honor de tus mayores y la fe de tu querida.

Y besándola en seguida Manrique, puso espuelas á su caballo y en breve desapareció con su escudero de aquel sitio delicioso.

Matilde, en los primeros meses de la ausencia de Manrique, estaba dominada por el influjo de una tristeza de que en vano se la intentaba distraer; pero Matilde tenía quince años, y si bien por una parte los primeros amores del hombre con la presencia de la persona que los causa, son los que mas profundamente hieren al corazon, tambien es cierto que, en los primeros años de la pubertad las pasiones no tienen la fuerza que en edad mas avanzada, y por lo mismo se desarraigan con mas frívolos remedios.

Habían pasado ya dos años sin que Matilde tuviese nueva alguna del capitán Guzman, atribuyéndolo sin duda, no á la larga distancia que los separaba y facilidad en interrumpir la comunicacion, sino á la volubilidad de los hombres. Por aquel tiempo visitaba la casa de Matilde otro jóven afamado á quien llamaban Bernardo Perez de Gamboa. Este hombre, violento en sus pasiones y deseoso de ser correspondido de la esposa de Manrique, interrumpia las contestaciones que desde el ejército la dirigia y se disponia á declarar sus deseos de unirse á ella.

No le disgustaba á Matilde el continente valeroso de Gamboa; pero habiéndola manifestado un día su designio por escrito, aquella le pintó la barrera inseparable que los separaba y separaria tal vez siempre, por el juramento, que antes de marchar, había hecho á Guzman.

— Si le vencieses, le decia, á Venecia voy á partir y allí seré tuya.

Gamboa, entonces, guardando el papel cuidadosamente y enamorado hasta el extremo de aquel portentoso de belleza, creyó remitir al duelo una contestacion, que si mostraba alguna correspondencia, indicaba tambien el compromiso indisoluble de sus amores primeros, aunque de ambos modos quebrantando Matilde su juramento.

Partió Bernardo Perez al ejército, y luego que hubo encontrado á su rival, le manifestó que Matilde seria únicamente de aquel á quien la destreza de sus armas le dejara dueño absoluto del palenque. Guzman aceptó como caballero el reto y se aprestó á la demanda.

Hicieron campo, se trabó el combate, y despues de algunos momentos de incertidumbre, Manrique dió á Gamboa un golpe de lanza tan impetuoso, que rompiéndole el espaldar, le atravesó el costado derecho. Cayó exánime en tierra abandonando su caballo; y poco antes de espirar sacó un papel de su bolsillo arrojándolo al suelo, y dirigiéndose á Manrique, díjole con apagado acento estas palabras:

— Me has vencido, y no soy digno de tener nada de tu esposa en mi poder.

Guzman le leyó en seguida, y al ver que Matilde había procurado la muerte de su primer amante por corresponder á la declaracion de Bernardo Perez, partió en silencio de aquel sitio, y se dirigió á Venecia, donde debía hallarse á la sazón la persona en quien iba á ejercer su venganza, el dueño de su albedrío, la perjura Matilde.

A los quince días del combate se encontró Manrique en las costas de Italia. Preguntó en toda la ciudad por la hermosa Matilde de Fonseca, y diéronle señales ciertas de haber sido presa de los berberiscos, en un día en que se alejaron de la playa mas de lo acostumbrado, y que sus padres habían tenido noticia de hallarse en el colegio de jóvenes esclavas odaliscas que habitan en el serrallo.

No titubeó un instante Manrique en dirigirse y arribar á Constantinopla. Vistióse á la usanza mora y tan luego como ser pudo, encaminó sus pasos hácia el palacio del sultan. La posesion que tenia del idioma turco, no le detuvo un instante en llegar á la puerta del serrallo y entablar con uno de los capichis, guardas de puerta, á cuyo cuidado se hallan, una conversacion continuada. Preguntando estaba por la cautiva española, Matilde, robada en las costas de Italia por los berberiscos, cuando de improviso se vió abrazado por un arrogante musulman, bajá del cuartel, á quien mostraban todos la mayor veneracion. Guzman alzó los ojos para preguntarle la causa de aquel abrazo cariñoso, y al mirar su semblante exclamó lleno de sorpresa y admiracion:

— Hermano mio, mi felicidad en este instante que te miro entre mis brazos, no iguala al resentimiento que de tí tengo. ¿Es posible que quien sobre sí lleva el apellido de Guzman, terror de los tiranos, á quien sirves, así se prostituya por la dignidad que ejerce, y en apóstata se convierta de la fe de sus mayores?

Hicieron tanto eco en el ánimo del bajá estas sucintas palabras de su hermano, á quien siempre había tenido el mayor respeto, que le prometió



LAS RUINAS DE PARIS. — La calle de Chezy en Neuilly.



LAS RUINAS DE PARIS. — Aspecto del salón de sesiones del Tribunal de Cuentas, después del incendio.



LAS RUINAS DE PARIS. — Estado actual de la estacion del ferro-carril en Auteuil.

en seguida abjurar de sus errores y sustraerse á la mejor ocasion de la vista, obediencia y poder del gran señor. Entonces Manrique dudando aun de la palabra que acababa de darle de una parte, y ardiendo en ansias de redimir de su cautiverio al objeto de su amor y su venganza, le manifestó que era preciso facilitar la salida de Matilde de Fonseca del colegio de las odaliscas en que se hallaba.

Muchos reparos y dificultades le puso el bajá para esta empresa, siendo una de ellas la pena de muerte en que incurria en el instante de hacer semejante traicion; pero supuesto que habia de tornarse á España en la ocasion mas favorable, prometióle á su hermano que la arrancaria al anoche de la custodia de los eunucos. El proyecto salió con la mayor felicidad, y á otro dia y por dis-

tinto camino, el bajá con un pretexto especioso se retiraba de la gran ciudad, y Manrique con su rescatada Matilde se dieron á la vela para Italia en una embarcacion comprada y dispuesta al efecto de antemano.

A la vista estaban ya de Nápoles los dos amantes, cuando Guzman mandó anclar el barco que los conducia y sacando de una cartera el papel que



LAS RUINAS DE PARIS. — Hundimiento del túnel de la Puerta Maillot en el ferro-carril de circunvalacion.

Matilde habia entregado al malogrado guerrero Gamboa, se lo entregó en seguida para que lo leyera.

— Perjura y homicida eres, le dijo, imagina la pena que mereces.

Matilde traspasada de dolor y llena de arrepentimiento no osaba mirar á su esposo, á su libertador, al hombre que no merecia.

— La muerte solo, le respondió, puede hacerme purgar la inconstancia de mi amor y á tí tranquilizarte. Te hice dueño de mi vida en el momento de nuestra separacion.

— Tu fatal hermosura te ha perdido, le repuso Guzman, pero yo te juro que no servirá en adelante para enamorar á ningun hombre.

Y con la punta de la espada que Matilde le entregó al separarse de Andujar hizole tantas hendeduras en la cara, que casi quedó desconocida. Matilde no contenta todavía por no haber expiado su delito, le suplicaba encarecidamente le quitase la vida.

Y Manrique á quien habia movido la sinceridad de Matilde, la candidez de su alma, y lo ilustre de su prosapia, mas que la portentosa belleza de su persona, la dió su mano, oforgóla el perdon, y la felicidad presidió en adelante los dias de su existencia, participando ambos poco despues de la compañía del que fué bajá de Constantinopla.

F. G. ELIPE.

Revista de Paris.

Por mas que Paris se esfuerza en apartar la vista de los acontecimientos políticos, para volver cuanto antes á aquella antigua vida sembrada de diversiones, el campo y los viajes en el verano, los bailes y las reuniones en la estacion del frio, la política sigue imponiéndose á su atencion, y no parece dispuesta á abandonar el terreno. Paris está pacificado completamente, no hay duda alguna; y si pudiera haberla, la disparian prontamente esas masas de genté extraña que acuden en tropel á contemplar las ruinas, como venian durante la Exposicion Universal y como llegan siempre que presenta Paris un espectáculo, un atractivo de cualquier género que sea. Mas á pesar de esto, lo que domina todavía en la actualidad es la política. Un dia es una revista muy anunciada, que ha de tener efecto con gran pompa, en presencia de la Asamblea nacional y del jefe del poder ejecutivo, que se aplaza por una razon muy natural, porque hace mal tiempo, porque llueve continuamente, y hé aquí que este aplazamiento despierta los recelos mas estrambóticos, los temores mas absurdos. Por supuesto, los recelos y los temores se disipan al ver que se fija otro dia para la fiesta militar; pero de todos modos, entre tanto, lo cierto es que Paris se absorbe en la política.

Luego vienen las elecciones del 2 de julio, luego aparece el empréstito de dos mil millones de francos que se necesitan para empezar á cumplir con las obligaciones contraídas con los alemanes: no hay remedio, es preciso someterse á la situacion que han creado los acontecimientos.

Los hombres mas extraños á estas cuestiones toman la pluma y se entregan á la corriente; escriben de política. Nada mas natural que M. Guizot diriga á la Asamblea en forma de carta, una expresion de sus teorías, de sus aspiraciones y sus deseos sobre el gobierno definitivo de la Francia; pero que Alejandro Dumas, hijo, el autor de tantas y tan inapreciables comedias, imite á M. Guizot y se engolfe tambien en la política, es cosa inusitada y digna por su originalidad, de fijar la atencion de todo el mundo.

Y así sucede. Ya que Alejandro Dumas se cambia repentinamente en reformador político, ni mas ni menos que esto, fuerza es detenerse un instante y leer con detenimiento esta trasformacion que nos promete quizás un hombre de Estado en el antiguo dramaturgo y novelista.

Alejandro Dumas ha estado en Versalles, como de paseo, y cuenta lo que ha visto.

Es curioso el cuadro que nos pinta de la antigua ciudad de Luis XIV, hoy cabeza del mundo interinamente, gracias á las proezas de la Commune.

Allí donde no debia haber mas que un pensamiento y una esperanza, Alejandro Dumas ha visto estrechocarse entre sí, « brutales, ciegos é impacientes, todos los intereses, todos los cálculos, todas las ambiciones de los partidos y de los individuos disputándose la Francia como los perros se disputan un hueso medio roído. » Todas las escorias de la civilizacion se paseaban por Versalles entre una multitud ignorante, cobarde y cruel que se precipitaba sobre los prisioneros parisienses, insultando á hombres y á mujeres, unos inocentes y otros culpables, todo esto bajo los rayos de un sol abrasador, al ruido de la artillería que marchaba á la defensa y al resplandor del incendio que enrojecia el horizonte.

Un aspecto consolador aparece en esta pintura á los ojos de Alejandro Dumas: es el que ofrece el ejército que va á

salvar la Francia resueltamente, y sin el cual la Francia habria venido á ser como una propiedad de la Prusia.

Y á la cabeza de este ejército reorganizado, improvisado por mejor decir, se encuentra el jefe del poder ejecutivo haciendo frente á todo, y principalmente á las injusticias, á las ingratitudes y á las calumnias, en tanto que en Paris derriban su casa y dispersan sus papeles, sus libros y sus cuadros.

Alejandro Dumas dice de M. Thiers:

« No será ni Monck, ni Washington, sino que será monsieur Thiers: aun hay puesto en la memoria de los hombres para una inmortalidad nueva. M. Thiers despues de habernos prevenido y salvado, despues de haber hecho á los setenta y cuatro años lo que no habria sido capaz de hacer el mas robusto de los hombres de nuestra generacion, y la prueba es que ninguno de nosotros lo ha hecho, M. Thiers restablecerá el orden y el movimiento en Francia y cuando todos los espíritus se hallen ya en reposo, si no en seguridad, dirá al pais: « Elige tu gobierno libremente, leal é inteligentemente, si puedes, y nombra á quien quieras, con tal de que no me nombres á mí. » Y se quedará muy tranquilo en su casa, si es que la tiene. »

Alejandro Dumas no cree que el ilustre historiador que tan bien conoce los hombres y las cosas, va á hacer á su edad lo que haria un advenedizo vulgar, pensar en dictadura, corona y dinastía.

« Ese hombre que parece adivinó Ciceron cuando dijo: Los jóvenes proclaman las repúblicas y las fundan los viejos; ese hombre ha pensado ciertamente establecer la República en Francia, esto es, ha pensado hacer lo que no tuvo tiempo de efectuar Mirabeau, ni pudo hacer Robespierre, ni Bonaparte tuvo genio para emprenderlo; ese hombre ha pedido al cielo cuatro ó cinco años de existencia, de salud, de poder y de lucidez para legar á un pais siempre oscilante la forma anónima y definitiva á la que volvemos siempre por instinto, como si conociéramos que á pesar de todo, la verdad está en ella; sí, ese hombre tiene ese sueño interrumpido de tiempo en tiempo por esta reflexion: « ¡Ah! si yo tuviera veinte años menos! » Y hubiera intentado la realizacion de ese sueño, si no hubiese tenido que combatir mas que las ignorancias, las preocupaciones y los partidos de la Cámara. »

Pero sobrevienen los sucesos de Paris que por tercera vez deshonoran la República por su concubinaje con la Commune.

Terrible complicacion. Sin embargo, M. Thiers afirma que si no puede fundar la República, al menos la defenderá contra toda sorpresa y contra todo insulto.

Alejandro Dumas hace la larga historia de las vicisitudes de la República en Francia, queriendo demostrar que sus enemigos mas encarnizados son los republicanos.

« Sus padres, sus padrinos, sus amantes, sus hijos, son en su mayor parte locos, imbéciles, grotescos, ladrones y asesinos. El mas honrado es Robespierre, el mas puro es Saint-Just, el mas convencido es Marat. En 93 mata á sus hijos, en 48 mata á sus hermanos, en 71 mata á su madre; sea cual fuere el año, mata y mata siempre y á esto lo llama fundar. El genio, la gloria, la virtud: Chenier, Lavoisier, Mallesherbes, Madama Elisabeth, los Brea, los Clemente Thomas, los Lecomte, los Darboy, los Deguerry, los Bonjean, todos sucumben. »

Y en cambio salen fenómenos, monstruosidades que gesticulan, lanzan un grito y mueren en un minuto sobre un fondo enrojecido por el fuego y por la sangre.

Sin embargo, á pesar de todo, M. Alejandro Dumas piensa que todos los franceses son mas ó menos republicanos en el fondo del alma; pero ¡ay! ante las tres experiencias que se han hecho con resultados á cual mas fatales, muchos hombres honrados se dicen que es imposible y aspiran á las formas monárquicas mas olvidadas.

Aquí sigue una digresion sobre el ideal de cada partido, la panacea de cada hombre para salvar á la Francia de los hondos males del presente.

¿Cómo salir de la crisis? se pregunta el autor de la carta.

Y antes de responder á esta pregunta expone las ficciones que en vez de instituciones sólidas, ha tenido la Francia desde la primera República.

« ¡La libertad! ficcion proclamada en 89 y sofocada en 1804.

» ¡La gloria militar! ficcion que duró veinte años y que se desvaneció en veinte y cuatro horas,

» ¡La carta! ficcion inaugurada por un rey de talento, violada por un rey devoto y despedazada por los parisienses sublevados.

» ¡El gobierno parlamentario y constitucional! ficcion que todo el talento de M. Guizot no puede hacer duradera, y con la que acaba el pistoletazo de M. Lagrange.

» ¡La República de 48! ficcion que la leyenda napoleónica convierte en beneficio propio con esta promesa: el imperio es la paz, otra ficcion que nos da la guerra de Crimea, la guerra de Italia, los descalabros de Méjico y los desastres de Sedan.

» ¡El sufragio universal! ficcion que constituye á tres ó cuatro millones de individuos sin saber leer ni escribir el derecho de votar por un candidato que no conocen, por recomendacion de un prefecto ó por consejo de un periódico; que da 8 millones de votos á su soberano, que se los confirma al cabo de diez y ocho años, y que tres meses despues se olvida de su votacion y deja expulsar á su soberano por

un orador de taberna, el ilustre Gaudissart de la República, que repetia las añejas frases de Danton para hacer tragar su mercancia.

» ¡La oposicion! ficcion sistemática que habla en contra cuando está fuera, y en pró cuando está dentro; que pide que vuelvan los principes cuando el imperio no quiere y que se empeña en que no vuelvan cuando ha reemplazado al imperio.

» ¡La nacion francesa! ficcion que subordina treinta y siete millones de individuos á ciento cincuenta mil parisenses siempre descontentos, que cambian los gobiernos en veinte y cuatro horas y que avisan de ello á las provincias para que se sometan á su decision, hasta tanto que un dia las provincias cansadas de semejante servidumbre se cruzan de brazos y contemplan los incendios y los bombardeos de Paris, exclamando: ¡Sal del apuro como puedas! »

Alejandro Dumas continúa enumerando las ficciones que descubre en la historia contemporánea de su pais, y las vé en la política, en la diplomacia, en las alianzas de nombre, en las fingidas simpatías de los pueblos y de los emperadores.

Todo es ficcion para él: las ametralladoras, los chassespots, los campamentos de Chalons, los grandes generales, los ejércitos invencibles; las leyes, la justicia, la magistratura; y finalmente, la famosa divisa de las tres palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad, que pone el colmo á todas ellas, que es la mas grotesca y terrible de todas las ficciones.

Y en prueba de que todo es ficcion, ni mas ni menos que en el teatro, habla de la decapitacion de Luis XVI, á quien luego se eleva un monumento expiatorio, cuya demolicion ordena la Commune.

Dice que la Francia proclama Cesar á un oficial de artillería y despues le deja morir en Santa Elena, y despues trae sus cenizas en triunfo y despues derriba y ahora reedifica su columna.

La Francia recibe con alegría á sus principes legítimos, para poner en el trono á un bourgeois modesto y benigno, que al cabo de cierto número de años tiene que escaparse en un coche de alquiler; y sigue la segunda República, hasta que un príncipe calificado de idiota es proclamado emperador, para concluir execrado en cinco minutos porque se ha dejado hacer prisionero en un campo de batalla.

En cuanto á M. Thiers, Paris le llama prusiano, cuando quiere oponerse á la guerra, y una vez que la guerra da de sí los desastrosos resultados que conocemos, sale diputado por veinte y seis departamentos; la Asamblea vota un millon para reedificar su casa demolida por la Commune, y ahora que ha salvado á la Francia, los franceses se preguntan qué medio seria mejor y mas expedito para desembarazarse de semejante hombre.

¡Qué pueblo! exclama Dumas, cuando ha enumerado las contradicciones de sus compatriotas.

¿Cómo salir de esta situacion tan complicada, sin caer en 1848, ni en 1830, ni en 1815, ni en 89?

Alejandro Dumas cree que es posible y principia para indicar el remedio, por eliminar de la política todos los lugares comunes que la oscurecen y la tuercen desde hace cerca de un siglo.

Su panacea es el trabajo: es preciso que todo el mundo trabaje, y el que no, que sea exterminado.

La ociosidad debe desaparecer del mundo.

Es preciso que la Francia tenga un Dios, una moral, una sociedad, una familia, una solidaridad humana; que el hombre trabaje, aprenda y progrese.

Con este sencillo programa observado estrictamente, la Francia dentro de diez años habrá pagado los miles de millones que debe al vencedor, habrá recobrado la Alsacia y la Lorena y será el primer pueblo del universo.

¿Qué importa la forma de gobierno, legitimidad, monarquía constitucional, imperio ó república?

Todo esto es secundario: diez años de perseverancia en el trabajo ó si no, ¡la muerte!

Tal es la conclusion de Alejandro Dumas.

¿Quién podria contradecir tan bella teoría que el autor expresa con toda la delicadeza, con toda la gracia de su agudo ingenio?

Seguramente; todos los que han leído la carta de Dumas han quedado plenamente convencidos de la eficacia del remedio, hasta el mismo Thiers, que en la parte que le toca, da gracias al reformador por haber señalado los esfuerzos que hace incesantemente « para salvar al pais de la anarquía y sobre todo de la desorganizacion, no menos funesta que la anarquía. »

Así pues, los testimonios están unánimes en favor del programa: reforma completa de las costumbres y dentro de diez años la Francia será una nacion nueva.

Pero ¡ay! el plazo es largo y el sacrificio aconsejado costoso, porque las costumbres de los pueblos son exactamente como las de los individuos, no se cambian con facilidad, y mucho nos tememos que al expresivo capítulo de las ficciones, magistralmente escrito en el documento que acabamos de analizar, no haya que añadir una ficcion mas, la de la teoría de Alejandro Dumas, indicada como único y exclusivo remedio.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EL ABENCERRAJE.

I.

Cual un torrente desciende
Y se precipita al mar,
Así cruzaba un jinete
De Granada la ciudad.

Es de talla gigantesca
Y de fuerzas sin igual,
De enorme mano membruda,
Con la piel de cordoban.

Ancha espalda y alto pecho,
El pié grande y frente mas;
El pelo cerdoso y claro,
El ojo de verde mar:
La boca desmesurada
En tamaño y fealdad.
Tachonaba su turbante
Aquel rico talisman
Que torna en cera las rocas
Y la cera en pedernal.

Y un alquicel de alborno
Cubriale el cuerpo al jayan;
Que mas por lujo llevara
Que por quererse abrigar,
Porque el amor que le abrasa
De su cuerpo hace un volcan.

Y sale ya de Granada
Y á Córdoba llega ya,
Cubierto de polvo el moro
Y de espuma su alfaraz.

Al pié de dorada reja
Que recata á una beldad,
El moro tirando el freno
Detiene el vivo animal.

En los estribos alzado
Por ella quiere asomar
Y pretende ver la dama
Que oculta tras ella está.
Mas no la vido y quejoso
Así comienza á hablar:

« ¡Cristiana!... Bella Isabel!...
» ¡Ángel de amor!... ¡Mi deidad!
» ¡Escúchame por tu vida
» Un solo instante no mas! »

« Dos años há que te vide,
Dos años que cumplirán
Cuando la viña el racimo
Acabare de granar;
Dos años que el corazon
Me robaste por mi mal.

En justas te vide bella
Donde fuimos á lidiar
Los moros y los cristianos
En la cristiana ciudad.
Y ni entonces ni despues
Me quisiste tú escuchar,
Y ni escuchas mis lamentos,
Ni tus ojos ven mi afan,
Ni mis cuitas te lastiman,
Ni te duele mi ansiedad.

Y solo tedio te inspiro
Y solo te veo llorar
De la impaciencia y despecho
Que te causa mi fealdad.

¡No tomas en cuenta, niña,
Que al otro lado del mar
Abandoné cien mujeres,
Cien prodigios de beldad!

Georgianas y argelinas;
De Nazaret y Bagdad
Las mas bellas y escogidas
De cuantas hiciera Alá.

Por tí dejé mis cautivos,
Mis jardines, en que están
Muy mas de cincuenta fuentes
Brotándome su cristal.
Y do por mí mis mujeres
Se complacen en llorar.

Escucha, cristiana bella,
Que por tí abandono mas:
¡La religion del profeta,
Por tí quiero renegar!...

« ¡Cristiana!... ¡Bella Isabel!...
» ¡Ángel de amor!... ¡Mi deidad!...
» ¡Escúchame por tu vida,
» Un solo instante no mas! »

II.

Tras una reja dorada
Y sin prestar atencion,
Impaciente está una dama
Mas linda que el mismo sol.

De negra seda el cabello,
De leche blanca el color,
Que continuo en rosa tiñe
Un vergonzoso arrebol.

Y las niñas de sus ojos
Estrellas del cielo son
Que lucen sobre su cara
Con centellante fulgor.

Al un labio de su boca
Solo el otro asemejó,
Y al rubí los comparara
Si el rubí fuera mejor.

Escuchando está por fuerza
Quejas de su sinrazon,
Que no escucha á gusto quejas.
De quien nunca las pidió:
Y porque el moro callara
Quiso dar contestacion.

Abriendo pues la ventana
Se oyó su angélica voz,
Que voz del querube imita
Cuando canta á su señor.

« Moro sin fe, mal nacido,
Le dijo en su indignacion,
Si dos años he callado
Cuando me hablabas de amor,
Mas fué por cortesanía
Que por necia indiscrecion.

¿Quién te ha pedido las pruebas
De ese mal parado ardor?
¿Quién te pide que abandones
La mora que en tí creyó,
Ni á tus cautivos y fuentes
No les tengas ya aficion?

¿Ni quién te dice que infiel
Reniegues tu fe... ¡Oh no!
¿Si no te quise sin crimen,
Cómo te querré traidor?

Cesa pues de importunarme
Con tanta lamentacion,

Que ni es amor limosnero
Ni dá por amor de Dios. »

Sin esperar la respuesta
La ventana le cerró,
Dejando al moro aturdido
Su pronta desaparicion.
Pero vuelto de su espanto,
Llorando así prorumpio:

« ¡Cristiana!... ¡Bella Isabel!...
» ¡Mi deidad!... ¡Ángel de amor
» ¡Escúchame por tu vida,
« Dos instantes... solo dos! »

Mas el eco le responde
Allá lejos... ¡Ni los dos!
Y el mas profundo silencio
Á aquel eco sucedió.

El moro encendido entonces
De coraje y de furor,
Rugido espantoso lanza
Como rugiera un leon.

Aferró el puñal con fuerza
Y en su sangre lo tiñó,
Sacudiéndole al sacarle
Con complacencia feroz:
Ha entrado el brazo en la reja
Hasta tocar el tablon,
Alzando aquel tinto hierro
En la tabla lo clavó.

« Adios... ¡Cristiana!... ¡Isabel!...
» ¡Tú... causa de mi dolor!
» Esas son la tinta y pluma
» Con que escribo mi pasion. »

Y aplicando el acicate,
En el ijar se lo hundió
Al animal inocente,
Que extraña tanto rigor.

Vuela con él hasta el campo
Abandonado el bridon,
Siguiendo su propio instinto
El valiente corredor.

¡Una linea roja queda
Por do quiera que pasó;
Porque el moro va vertiendo
Negra sangre en borboton!

Sus ojos apenas miran
De la luna el resplandor,
Y su cuerpo bambolea
Sobre el cansado troton.

Todo se oscurece al fin
Y da vuelta en derredor.
¡Su cuerpo ya abandonado
Contra la tierra pegó!

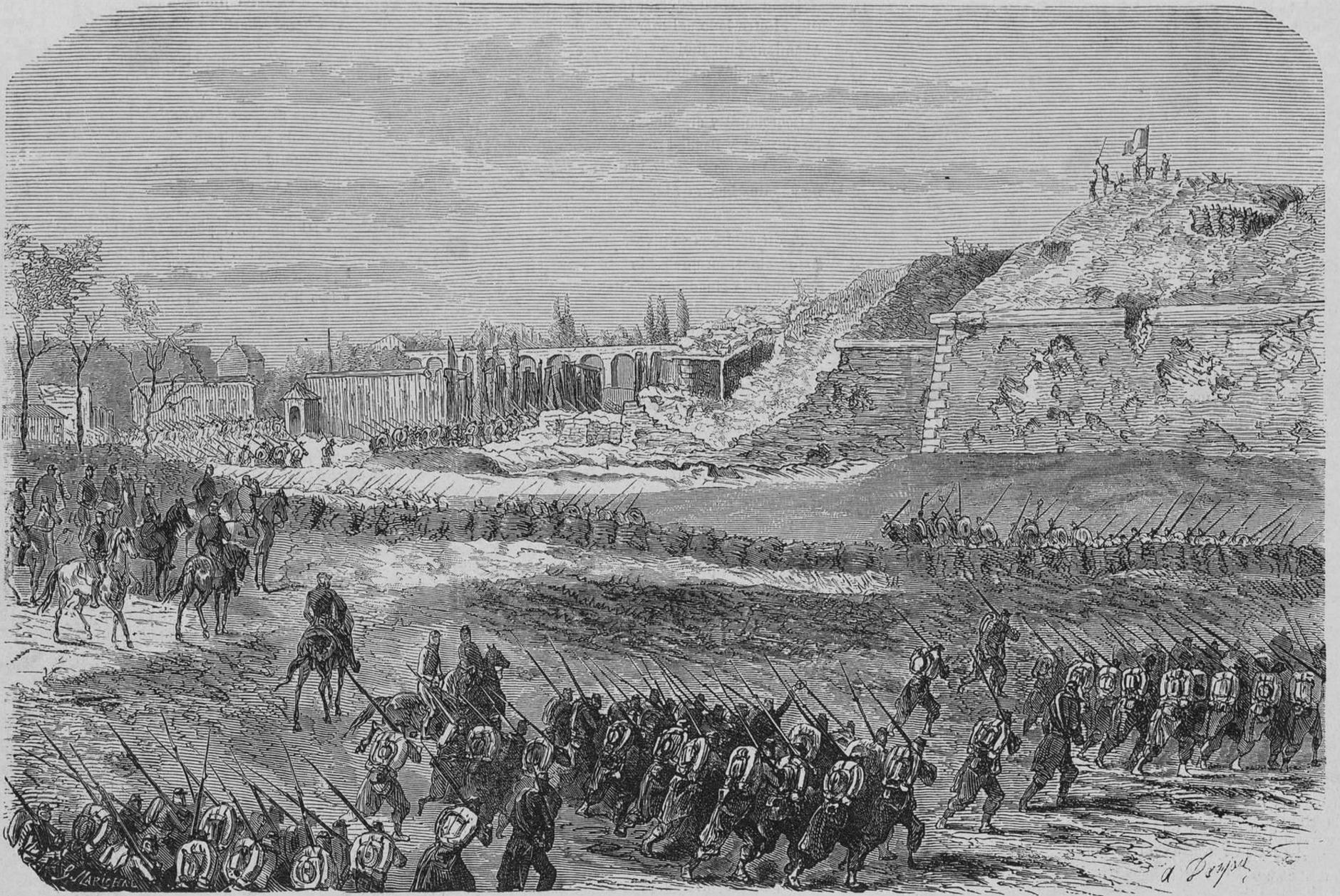
Y una roca hace su lecho
Y otra roca su almohadon,
Y detrás cubrenle rocas
Del levante abrasador:
Porque es justo se lastimen
Y que tengan compasion
Del que otra roca matara...
¡Del que muriera de amor!

F. F. DE CASTRO.

Entrada en Paris

DE LAS PRIMERAS TROPAS DEL EJÉRCITO REGULAR,
EL 21 DE MAYO.

No sin motivos insistimos hoy acerca de un acontecimiento que tiene ya de fecha mas de cuatro semanas.



Entrada de las tropas en Paris. — Ocupacion de la puerta de Saint-Cloud en el Point-du-Jour por el 26º de línea.



INSURRECCION DE ARGELIA. — Declaracion de un caid, ante las autoridades y el intérprete de Setif.



INSURRECCION DE ARGELIA. — Evacuacion de Borlij por los árabes.

Hasta aquí no se sabía de un modo preciso cómo el ejército regular había entrado en París; y los pormenores que publicamos, debidos á un testigo ocular, nos han parecido de grande importancia, porque aclaran completamente la cuestion, y por lo tanto, nos dan á conocer la verdad.

Dos veces ya el ejército de Versalles, reunido durante la noche, había creído poder penetrar por astucia en París; pero las dos veces la puerta que debió estar abierta se encontró cerrada.

Así fué que acabaron por no contar sino con sus propias fuerzas.

El general Douay, que mandaba el cuerpo de sitio, ocupó á Boulogne y comenzó trabajos de aporche. Abrieron una trinchera á 200 metros del recinto, y establecieron baterías de brecha.

Estas obras fijaron la atención de los federados. Todas las noches un fuego de fusilería incesante partía de las murallas, acompañado de descargas de artillería.

Contábase, pues, con un sitio en regla, y en la mañana del 21 de mayo, cuando el 26º de línea bajó de Villeneuve á Saint-Cloud, todo el mundo estaba convencido de que se trataba de una instalación duradera. Bajo este concepto, se levantaron las tiendas, eligiendo cada cual el mejor sitio posible.

Era domingo, y los paseantes miraban con curiosidad á los soldados, cuando hé aquí que á las cuatro de la tarde llega una orden y se levanta el campamento á toda prisa.

Los soldados pasan el puente de barcas, atraviesan una parte de Boulogne por la larga avenida de Saint-Cloud, y llegan á la puerta del Point-du-Jour. En aquel instante ondeaba ya á la derecha, en el parapeto, una bandera tricolor, que era sin duda la señal convenida.

Pero había que entrar, lo cual no era todavía posible.

Por ambos lados de la puerta, los muros acerbillados, y el puente hecho añicos, manifestaban la fuerza de las formidables baterías de Meudon y de Montretout; sin embargo, los zapadores restablecieron el tablero del puente, y por esa vía comenzaron á entrar las tropas en París, marchando á su cabeza el 26º de línea, coronel Hansion.

Todos esos movimientos se habían ejecutado rápidamente á la vista y por las órdenes del general Douay.

Aunque abandonada por los federados aquella parte del recinto, caían sobre ella las bombas que llovían del interior. Las tropas, sin hacer caso de aquella lluvia de hierro, continuaban avanzando. Muy luego pasan de las casas contiguas á las fortificaciones y llegan al viaducto. El capitán Donnier marchaba á la cabeza con su compañía, la 6ª del 4º batallón del 26º.

Acababa este capitán de enviar un subalterno con algunos hombres para tomar una pared almenada junto al Sena, de donde partía un nutrido fuego, cuando el coronel Hansion se vuelve hácia él, y señalándole el viaducto le dice:

— Capitán, necesito esa posición inmediatamente.

— Bien, mi coronel, responde sencillamente el capitán.

Y al punto se lanza con un puñado de hombres, y á pesar del fuego atraviesa el espacio que le separa de la brecha, por la cual penetra. Llegan refuerzos que permiten conservar la posición.

El primer paso estaba dado.

Dueño de este punto tan importante el ejército, tenía ya asegurados sus movimientos. Podía marchar á la conquista de los demás puntos estratégicos que había de ocupar, y de los cuales se apoderó en efecto durante la terrible batalla de ocho días, que debía terminar con el vencimiento completo de la insurrección más formidable que haya ensangrentado jamás la capital de la Francia.

C. P. D.

La insurrección de Argelia.

Durante la guerra con la Prusia, estallaron en Argel las rebeliones con distintos pretextos, siendo la verdadera causa la mala suerte de la Francia en aquella guerra. No habían quedado soldados en Africa, de modo que la ocasión era demasiado favorable para que no trataran de aprovecharla esas poblaciones que han soportado siempre con impaciencia la dominación francesa, y nunca se han sometido si no es para recobrar fuerzas, esperando el momento de levantarse de nuevo.

De Argel, la insurrección se extendió rápidamente á las demás provincias, y no fué sofocada porque no se podían oponer á ella más que francos-tiradores, movilizados y guardias nacionales de las colonias. Así los indígenas alcanzaron varios triunfos en Tuggurth, Palestro, etc. Dos veces atacaron á Bougie, la primera, todos los contingentes de Beni-Abbes y los de Beni-Idjer, mandados por Sidi-Aziz en persona, y la segunda, las fuerzas de Bou-Mezrag, que se había atraído el campamento de Aziz. Algun tiempo antes la aldea del Ouricia, situada cerca del Setif y á doce kilómetros de Bougie, fué casi destruida. Por todas partes arrasaban los douars del territorio civil é incendiaban los caseríos. Los árabes se atrevían á todo, y las columnas francesas no podían emprender una operación decisiva. También Setif se vió amenazado. Una tarde llegaron dos spahis, anunciando que dos columnas enemigas avanzaban hácia, Setif, una compuesta de doscientos cincuenta jine-

tes, mandada por Bou-Mezrag, por Gueberatia, y otra de doscientos jinetes y ochocientos infantes, mandada por Mohamed-ben-Haddad, por Add-el-Bec.

Inmediatamente reunieron á la guarnición para que marchara á la primera señal, y á las pocas horas se vió llegar al caid Djudi, seguido de su familia y de todos sus sirvientes, mujeres y chicos. Este desgraciado caid había sido atacado por los contingentes de Mohamed-ben-Haddad, que, después de haberle quemado todo, avanzaron hasta Melha, donde prendieron fuego al cortijo de la compañía *Genovaise*, y de allí hasta la aldea Temlouka, robando y destruyendo cuanto hallaban á su paso.

Uno de nuestros dibujos representa al caid Djoudi, declarando hechos en la tienda del general que mandaba la subdivisión.

Sin embargo, gracias á la energía y á la prudencia de los generales encargados de organizar la represión, no tardaron las cosas en tomar otro carácter. Llegaron refuerzos, y se acercaba la hora de probar una vigorosa ofensiva.

En mayo, el general Saussier, después de haber abastecido el bordj Bou-Arredid, encontraba á su vuelta al enemigo fuerte de 6,000 infantes y de 300 jinetes, y le derrotaba, después de lo cual avanzaba hácia Takitount, donde tenía que sostener el choque de muchas kábilas, que no se retiraban sino después de haber perdido 300 muertos.

Poco tiempo después el general Ceres libertaba el bordj de Beni-Mansur, después de haber desbaratado á las bandas de Bou-Mezrag, en el puente de Merguef. El bordj, que contenía 150 personas, entre colonos obreros y soldados, y estaba guardado por el coronel Mas, había sufrido cincuenta y dos días de sitio y de bloqueo. Los árabes habían hecho grandes esfuerzos para tomarle.

Después de obtenido este triunfo, el general Ceres obligaba á los árabes á evacuar precipitadamente otro bordj, situado á corta distancia del primero.

Tal es el asunto de nuestro segundo dibujo sobre los sucesos de Argelia.

Seguidamente, corría á hacer levantar el sitio de Drael-Mizan, uno de los puestos militares de la Kabília, y alcanzaba un señalado triunfo. Estaban allí, por una parte, los Guetchoulas y los Zouaouas, mandados por Si el Hadj-M'hamed-ben-Oissa, y por la otra, los Nezlouas, los Mezalas, los Flissas y los Maatkas, mandados por Ben Tallache, caid de las Nezlouas, que formaban juntos un contingente de más de 4,000 hombres.

A consecuencia de esta victoria, la columna del general Ceres se disponía á reunirse con la del general Lallemand, y operada la reunión, el comandante superior de las fuerzas de tierra, debía atacar á la poderosa tribu de los Beni-Ratten, que sitia hace más de dos meses el fuerte Napoleón. Los árabes han querido ya más de una vez escalar las murallas de esa posición, la más importante de las de la Kabília, pero siempre en vano, y en Francia se espera que, con los refuerzos que se envían sin cesar, llegará pronto la noticia de que la rebelión está vencida definitivamente.

Dícese que las tribus que han tomado parte en la insurrección serán dispersadas, privadas de sus tierras, y sobre todo desarmadas. El recoger las armas á los revoltosos, es el medio más seguro de acabar con las insurrecciones.

C. P. D.

El orgullo de un hombre.

(Continuación.)

— ¿Habeis olvidado acaso, señorita, que el señor conde os espera? Perdonadme si os lo recuerdo; porque á los ancianos no se les debe hacer esperar.

— No lo había olvidado, contestó tímidamente Clotilde; lo cierto es, y esto os lo confieso á vos, que siempre os habeis mostrado indulgente para conmigo, que esa llamada imprevista me admira tanto como me inquieta; no sé en lo que consiste; pero es el hecho que mientras más pienso en esa visita que el señor conde me exige, más siento que se apodera de mí como una especie de horror.

— ¡Horror! exclamó el caballero, clavando sobre ella una mirada profundamente investigadora: ¿de dónde puede provenir ese horror que os inspira la idea de hallaros en presencia de M. de Sibry, si, como me complazco en creerlo, vuestra conciencia está tranquila y no temeis que haya podido descubrir ningún hecho?...

— No os comprendo, caballero, respondió Clotilde con energía y con el acento de la dignidad ofendida: os engañais del todo en cuanto á la naturaleza de mis sentimientos. Dentro de mi corazón acaso haya mucho disgusto, mucha tristeza, muchas amarguras y desaliento, pero no se oculta en él nada que pueda hacerme avengonzar.

— ¡Dios lo quiera! dijo en voz baja y con interés el caballero. Pues bien; si se ofrece, decidlo así al señor conde con ese mismo acento de verdad, y ojalá lo crea como os creo yo... Adios, señorita; valor.

Volvióse repentinamente M. de Clermont como para ocultar un enternecimiento voluntario, dirigiéndose al salón, en donde la condesa había conseguido empeñar

una conversación general con aquella soltura que poseen las personas de su clase, acostumbradas á disimular hasta las más vivas sensaciones.

Clotilde, habiéndose serenado algún tanto, salió del comedor, encaminándose á la antesala en donde el viejo criado la esperaba.

Al verla Antonio se levantó sin pronunciar una palabra, y principió á andar precediéndola; mas en el momento en que iba á poner el pié en las primeras gradas de la escalera que debía conducirla á las habitaciones del conde, se sintió cariñosamente detenida de la mano por Hermancia, que hasta allí la había seguido. Su aya, volviéndose á mirarla, observó que tenía los ojos bañados en lágrimas.

— ¿Qué tenéis, Mlle? le preguntó con afecto; os ruego me digáis de qué proceden estas lágrimas.

— Clotilde, respondió Mlle de Sibry, apretándole afectuosamente la mano; vais á ser recibida por mi padre, al que apenas he tenido el gusto de haber abrazado sino en raras ocasiones. Yo siempre os he amado, siempre he sido vuestra compañera y vuestra amiga; prometedme que seréis indulgente cuando le habléis de su hija.

Clotilde creyó que Hermancia aludía á sus estudios, y respondió con una sonrisa de cariñoso afecto:

— ¡Niñerías! ¿quién está más dispuesta que yo, no solo á amaros sino á defenderos!

Abrazáronse con ternura, y Clotilde siguió de nuevo al criado.

Al volverse Hermancia vió á M. de Clermont que en pié y silencioso apoyado contra la puerta del comedor lo había escuchado todo. Al pasar, la joven bajó la cabeza y se ruborizó.

Después de haber subido pesadamente la escalera principal, tomó Antonio una oscura y larga galería, por la que se entraba á la habitación de M. de Sibry que estaba situada á la extremidad del castillo. Clotilde, así como los demás que lo habitaban, pocas veces había dirigido sus pasos hácia aquel lado, del que el respeto que inspiraba el conde alejaba constantemente á todos aquellos á quienes no hacía llamar expresamente. De aquí nació sin duda la especie de congoja que la pobre niña padeció al atravesar aquella parte desierta y como abandonada del viejo castillo, y los crujidos del hollado y el ruido de sus pasos repetidos por un eco sordo y duro, contribuían á aumentar aquella indefinida melancolía. La luz, que apenas penetraba en los largos corredores, dejaba ver entre sombras muchos retratos de los enestados abuelos del conde, cubiertos de espesas capas de polvo. Al concluir el corredor estaba la habitación particular de M. de Sibry, y empujando la puerta, que se abrió rechinando, el viejo criado introdujo á Clotilde en la inmensa biblioteca, en donde, según se decía, el anciano conde pasaba los días y aun la mayor parte de las noches.

También era esta pieza una especie de galería mucho más corta que la de los retratos, que acababan de atravesar Clotilde y el que la acompañaba. Los libros, cubiertos de polvo y de góticas encuadernaciones, estaban encerrados en grandes estantes de encina, que revestían de alto á bajo las paredes, sobre las cuales se ostentaba el lobo y la divisa latina, que formaban el blason de la familia. Entre los estantes se abrían las ventanas, en las que todavía quedaban vestigios de los vidrios pintados de colores que en otro tiempo las adornaban. Aunque un tapiz grande y tupido cubría el suelo, aquel sitio era siempre húmedo y mal sano, por lo que Clotilde al entrar en él recibió una impresión como de frío.

El criado se detuvo en el umbral de la puerta, y con el dedo, sin hablar, indicó á la joven otra puerta de par en par abierta al extremo opuesto de la sala que daba entrada al gabinete del conde. Hallábase el conde sentado enfrente de ella, al lado de una mesa cubierta de papeles y de libros; y desde el lugar en que estaba podía verle Clotilde lleno de gravedad, inmóvil y con la cabeza reclinada sobre una de sus manos.

Antonio, no pensando que debía entrar más adentro, ó acaso obedeciendo las instrucciones de su amo, saludó inclinándose y desapareció cerrando tras sí la puerta.

Entonces la joven aya conoció que su cortedad y sus indistintos temores se convertían en un verdadero espanto. El silencio profundo que reinaba en aquella vasta pieza, la dudosa luz que alumbraba y el aspecto sombrío y ascético de la persona que se mostraba por término del cuadro, produjeron en ella tan fuerte sensación, que estaba toda trémula cuando se aproximó al conde.

Este no varió de posición, á pesar del ruido que al cerrarse produjo la puerta, estando tan absorto en su meditación, que podía creérsele dormido. Sin embargo, aunque lo grueso del tapiz acababa de ocultar los pasos ya por sí bien ligeros de la joven, un instinto secreto parecía advertirle que se le acercaba una persona levantando pausadamente su pesada cabeza, y cuando Clotilde se encontró cerca del gabinete, vió fijada sobre ella la mirada temida de Sibry, aquella mirada amenazadora, cuyo resplandor no dejaba de asemejarse al reflejo de una espada desnuda. En aquel instante fué tan violenta su conmoción, que tuvo que contenerse para no lanzar un grito.

M. de Sibry se levantó, y desarrollando por medio de aquel movimiento su alta y majestuosa estatura, hizo atentas señas á Clotilde para animarla á que se aproximase. Obedeció temblando, y entonces el anciano en tono rápido, y sin dejar de mirarla fijamente:

— ¿Sois, pues, Mlle Clotilde, institutriz de Mlle de Sibry... de mi hija?

Parecía tan extraña aquella pregunta en boca del jefe de una familia, y cuando se dirigía á una persona, á la que durante la mitad de cada año tenía que ver casi todos los días, que Clotilde, asombrada, apenas pudo balbucear con timidez:

— Sí, señor.

Entonces M. de Sibry le indicó con la mano un gran sillón de tapicería, invitándole á tomar asiento, y sentándose él también, calló durante algunos momentos como para meditar lo que iba á decir.

A pesar del espanto de que se hallaba poseída Clotilde, arrojó una mirada rápida á su alrededor, con el fin de reconocer el sitio donde se hallaba. Aquel gabinete, que precedía á la alcoba del conde, estaba construido en la torre misma en que la noche anterior Alberto y el caballero habían visto brillar una luz. Esta observación no pareció ocurrírsele á la jóven, que se limitó á examinar con respeto los adornos de aquella especie de santuario, en el que el conde no permitía jamás que entrase nadie. Las cruces de las diferentes órdenes con que estaba condecorado pendían simétricamente de la tapicería por bajo del gran cordón de San Miguel, que no usaba hacia mas de veinte años. Su gorra de par de Francia estaba también suspendida al lado de una espada pesadísima, con guarnición de plata, que era fama haber pertenecido á Henrique de Wirdux, primer jefe de la familia de Sibry. Un árbol genealógico, dibujado sobre pergamino de magnitud colosal, y algunas láminas dedicadas al mismo conde, en las que estaba grabado su escudo de armas, completaban aquel extravagante adorno, el que no carecía sin embargo de magnificencia.

Entre aquellos despojos de un esplendor extinguido, el mismo M. de Sibry parecía también un resto venerable de las pasadas grandezas. Cuando á veces violentándose en honor á la hospitalidad se prestaba á presentarse entre sus huéspedes en el traje común, y á tomar parte en sus conversaciones, en nada se diferenciaba de un anciano cualquiera, sencillez en sus aficiones y grave en su aspecto; pero dentro de la torre feudal, en medio de las insignias de las dignidades de que estaba revestido, y envuelto en su larga bata de terciopelo que formaba multiplicados pliegues en derredor de su talle, se notaba en el conde cierto aire que imponía respeto.

No debe ocultarse tampoco que á los ojos de la jóven nunca se habían mostrado tan profundas las arrugas que surcaban aquella frente, ni tan de cerca los destrozos que producían sin cesar en sus facciones la fuerza de sus desconocidos padecimientos, y por último, que jamás había observado en M. de Sibry el abatimiento mortal que se dejaba ver en su rostro en la ocasión en que se creía forzado al disimulo, indicios algo verídicos de que se aproximaba á su fin.

Una mirada bastó á Clotilde para examinar todo lo que tanto tiempo hemos gastado en describir. Después permaneció humilde y modesta, esperando lo que tendría que decirle el noble anciano, mientras se podían oír y contar los latidos de su corazón.

— Admiración debe causaros, señorita, dijo en fin con lentitud, que yo, que apenas me ocupo de lo que sucede en esta casa, en la que vivo olvidado, y de la que con todo soy el dueño, os haya llamado para obtener ciertas noticias que indispensablemente necesito. Aunque me haya desterrado al rincón mas oculto para que el espectáculo de mis tormentos y dolencias no turbe la felicidad y la alegría de otras personas mas jóvenes que yo; aunque parezca que he abdicado del todo en su favor el poder que me corresponde como cabeza de la familia, no por eso dejo de continuar velando desde mi asilo sobre el honor de la de Sibry, y tengo derecho á exigir severa cuenta de todos aquellos que puedan arrojar sobre su nombre hasta la sombra de una mancha no merecida.

Al oír esta solemne introducción, Clotilde levantó la frente y adquirió alguna mas firmeza, respondiendo:

— Estoy á vuestras órdenes, señor conde.

— ¿Acaso, señorita, prosiguió el anciano después de una nueva pausa, habeis notado la especie de agitación que reinaba esta mañana entre los huéspedes del castillo de Sibry, y no ignorais sin duda las malignas suposiciones que habrán podido inspirarles los sucesos misteriosos acontecidos anoche en el jardín?

— En efecto, señor conde, creo haber oído decir que se han oído gritos en el jardín cerca del invernáculo, y que algunas personas bajaron con el fin de averiguar de qué procedían; pero como mi posición subalterna me impide hacer ninguna clase de pregunta...

— Con todo eso debo confesaros, señorita, que fundaba en vos la esperanza de adquirir alguna luz sobre ese asunto. Verdad es que hubiera podido dirigirme á otra persona que debe estar perfectamente instruida en todo cuanto ha pasado; pero aun cuando esa persona sea amiga mia, por razones en que nadie tiene que mezclarse, no quiero molestarla para semejante miseria. Perdonad, pues, señorita, si me he dirigido á vos únicamente para averiguar la causa de un suceso que ha escandalizado á toda la familia.

— ¡A mí! respondió la jóven llena de admiración; os aseguro que ignoro absolutamente cuanto haya podido pasar!

— ¡Lo ignorais! replicó M. de Sibry con alguna dureza; entonces á mí me toca manifestaros lo que he llegado á vislumbrar con respecto á esos poco agradables sucesos. Despus, si lo teneis á bien, me aconsejareis acerca del partido que en semejante ocasión debe tomar el que está á la cabeza de una gran familia.

— Os escucho.

— En la noche pasada, una mujer de esta casa, sin

respetar los recuerdos de honor y de virtud que hace muchos siglos se unen á la habitación de mis padres, se ha citado con un hombre en el recinto del jardín casi bajo mis ventanas, como si hubiera querido poner su ignominia á la sombra del último de los Sibrys. El seductor se introdujo saltando las tapias como un ladrón infame, despreciando la hospitalidad que mil veces se le ha concedido en mi casa, confiando sin duda en el silencio y en el secreto para que su villanía quedase impune. Por fortuna, otra persona advertida de la intriga, no sé por qué medios, vino á descomponer la conferencia, echando en cara su falta con energía al mas fuerte de ambos culpados. El ruido que causaba aquella alteración fué origen del triste escándalo que tanto ha afligido á los habitantes de Sibry...

— Para mí son enteramente nuevos todos esos hechos, respondió la jóven con una sencillez llena de gracia, siéndome imposible comprender...

— ¿Y os es imposible comprender, repuso el conde con fuego, que de vuestra propia boca esperaba yo saber el nombre de los dos audaces?

— ¡De mi boca! exclamó Clotilde, levantándose del sillón en el primer impulso al sentir ofendida su dignidad, ¿en qué habeis podido fundaros, señor conde, para creer que me era conocido ese vergonzoso secreto?

— Sentaos, señorita, dijo M. de Sibry en el tono en que un juez dirige sus órdenes al acusado; y creed que si os dirijo esta pregunta, es porque tengo la certidumbre de que podeis satisfacerla.

— Señor conde, contestó la jóven con noble libertad, y esta vez mirándole sin miedo; si exigis de mí una denuncia, en vano esperais que os descubra secretos que ignoro, y que tampoco revelaria si aquellos á quienes interesan, cualesquiera que sean, me los hubiesen confiado. Si me dirigis una acusación, no puedo hacer mas que poner á Dios por testigo de mi inocencia, y rechazar con toda la fuerza de mi alma la acción de que me hablais.

La firmeza de la respuesta, y el aspecto á un tiempo enérgico y modesto de Clotilde, produjeron alguna impresión en el conde. Arrugó las cejas ligeramente, inclinó la cabeza sobre el pecho durante algunos segundos en actitud de reflexionar, y después insistió de nuevo diciendo:

— Pensareis acaso, señorita, que carezco de los datos suficientes para conseguir poner en claro la verdad de esta aventura. Pues para probaros que mis noticias son algo mas exactas de lo que habeis podido imaginaros, os puedo decir que el insolente jóven que se introdujo furtivamente en mi casa durante la noche es... M. Alberto Latouche.

Al oír aquel nombre todos los miembros de Clotilde se estremecieron: su tranquilidad y su firmeza la abandonaron repentinamente, y se cubrió su rostro de mortal palidez.

— ¡Alberto! exclamó admirada: ¿Es posible!... ¡En medio de la noche!... ¿Estais seguro de lo que decís, señor conde?

— Le he visto, señorita, respondió el anciano.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la jóven con desesperado acento.

(Se continuará.)

Exequias de Monseñor Darboy.

El miércoles 7 de junio, se celebraron en la iglesia metropolitana de París, las exequias de M. Jorge Darboy, arzobispo de París, fusilado en la Roquette el 24 de mayo de 1874, después de cincuenta días de prisión. En la misma ceremonia estaban comprendidas las víctimas que han sucumbido en el mismo lugar y momento, es decir: M. Alejo Surat, vicario general de París, M. Deguerry, cura de la Magdalena, M. Becourt, cura de Nuestra Señora de la Buena-Nueva, y M. Sabatier, vicario de Nuestra Señora de Loreto.

El pórtico de la iglesia estaba colgado de negro hasta la altura de la galería de los reyes de Francia; encima de la puerta principal se veían las armas de monseñor Darboy, una cruz blanca en fondo azul, coronada con la toca y la cruz arzobispal y acompañada de su divisa: *Labore fideque*, encima de las dos puertas laterales habia dos escudos con las fechas nefastas de 24, 25, 26 y 27 de mayo de 1874.

En el interior de la iglesia, las mismas colgaduras negras cubrían la nave, el coro y los dos brazos de la cruz hasta la altura de las tribunas, por debajo de las cuales se extendía una ancha franja cuadrada, con paños blancos estrellados de negro, y de diez en diez metros las armas del arzobispo y en los intervalos marcados por palmas de plata los nombres de las víctimas de la *Commune* cuya lista es como sigue:

Clerc, jesuita. — Allard, jesuita. — Houillou, misionero. — Deguerry, cura. — Becourt, cura. — Sabatier, vicario. — Surat, archidiacono. — Captier, dominicano. — Gauquelm. — Jecker. — Ollivain, jesuita. — Gard, seminarista. — Polanchin, sacerdote. — Ducoudray, jesuita. — Bourard, dominicano. — Bonjean. — Chaudey. — Delhorme, dominicano. — Chateigneraie, dominicano. — Volant. — Seigneray, seminarista. — Coutraul, dominicano.

Unos bancos tapizados de negro con bordados blan-

cos, llenaban la nave destinada á recibir las diputaciones del ejército, de la Asamblea nacional, del cuerpo diplomático, de la municipalidad de París, del Consistorio, del Instituto, del foro, de los diferentes cuerpos constituidos y de las corporaciones religiosas.

El santuario estaba reservado enteramente al clero, y los lados bajos del coro, como también las tribunas, á las religiosas de las escuelas y á las hermanitas de los pobres.

Grandes candelabros de plata, con numerosas bugías y cirios iluminaban el recinto.

En el centro de la iglesia se elevaba el catafalco destinado al arzobispo.

Sobre una escalinata de cinco gradas, cargada con cuarenta y cuatro candeleros, habia cuatro columnas corintias con capiteles de plata que sostenian un dosel en forma de cúpula, ornado en los ángulos con penachos negros.

Cuatro estatuas de plata representando la Religión, la Fe, la Esperanza y la Caridad, se elevaban en los ángulos del zócalo.

A los lados del catafalco del arzobispo de París, y mucho menos elevados estaban, á la izquierda, el de M. Surat, y á la derecha el de M. Deguerry. Delante, los de MM. Sabatier y Bécourt.

El púlpito y el trono episcopal, estaban cubiertos de una gasa negra salpicada con estrellas de plata.

La música de la guardia republicana ocupaba el lado derecho de la nave, detrás de los miembros de la Asamblea nacional.

La mayor parte de los convidados estaban en Nuestra Señora antes de la llegada del cortejo que, habiendo salido de la calle de Grenelle á las diez, llegó á las once y cuarto por la calle de Nuestra Señora, á la plaza del Atrio.

Habia seguido la calle de Bourgogne, los malecones, el Puente Nuevo y el muelle de los Orfèvres, y se componia de un escuadrón de coraceros, zapadores y trompetas, de cazadores á pié, de un escuadrón de cazadores á caballo y de cuatro batallones de tropas de línea, los 23, 38, 48 y 76.

El general Laveaucoupet, después de haber hecho formar á una parte de sus tropas un medio círculo en la plaza del Atrio, en tanto que la otra parte iba á ocupar la plaza del Hotel de Villa, se colocó debajo de los órganos, rodeado de su estado mayor, desde donde transmitía, durante la ceremonia, sus órdenes á los soldados entrados en la iglesia para rendir los honores militares á los difuntos.

Cuatro coches de duelo, encerrando á los miembros del cabildo metropolitano y á los obispos que habian procedido á levantar el cuerpo, eran seguidos por ocho diáconos que llevaban las insignias eclesiásticas del prelado, la mitra, el báculo, el candelero y la cruz.

Seguia el coche que llevaba los restos de Mñor. Darboy, con tiro de seis caballos y tenia en los cuatro ángulos ángeles llorando.

El féretro estaba cubierto con un paño de terciopelo violado con clavos de plata.

Un segundo coche, menos suntuoso, contenia los restos de M. Surat.

El abate Chenaille, decano del cabildo, recibió los cuerpos, y una vez colocados estos en los catafalcos, empezó inmediatamente el oficio.

El antiguo obispo de Pamiers, M. Allouvy, asistido por los obispos de Chalons-sur-Marne y de Meaux, es el que ha oficiado.

Los coros los desempeñaban los seises y sochantres de la iglesia metropolitana, bajo la dirección de M. Pallet; el órgano se confió al organista de la catedral, M. Sergent.

La música de la guardia republicana, dirigida por su hábil jefe, M. Paulus, ejecutó marchas fúnebres de Beethoven, Auber, Caraffa, Ambrosio Thomas y Gounod, y el andante religioso de los *Mártires* de Donizetti. Estas piezas, ejecutadas con una perfección rara, y que tenian por las circunstancias una solemnidad excepcional, produjeron una viva impresión.

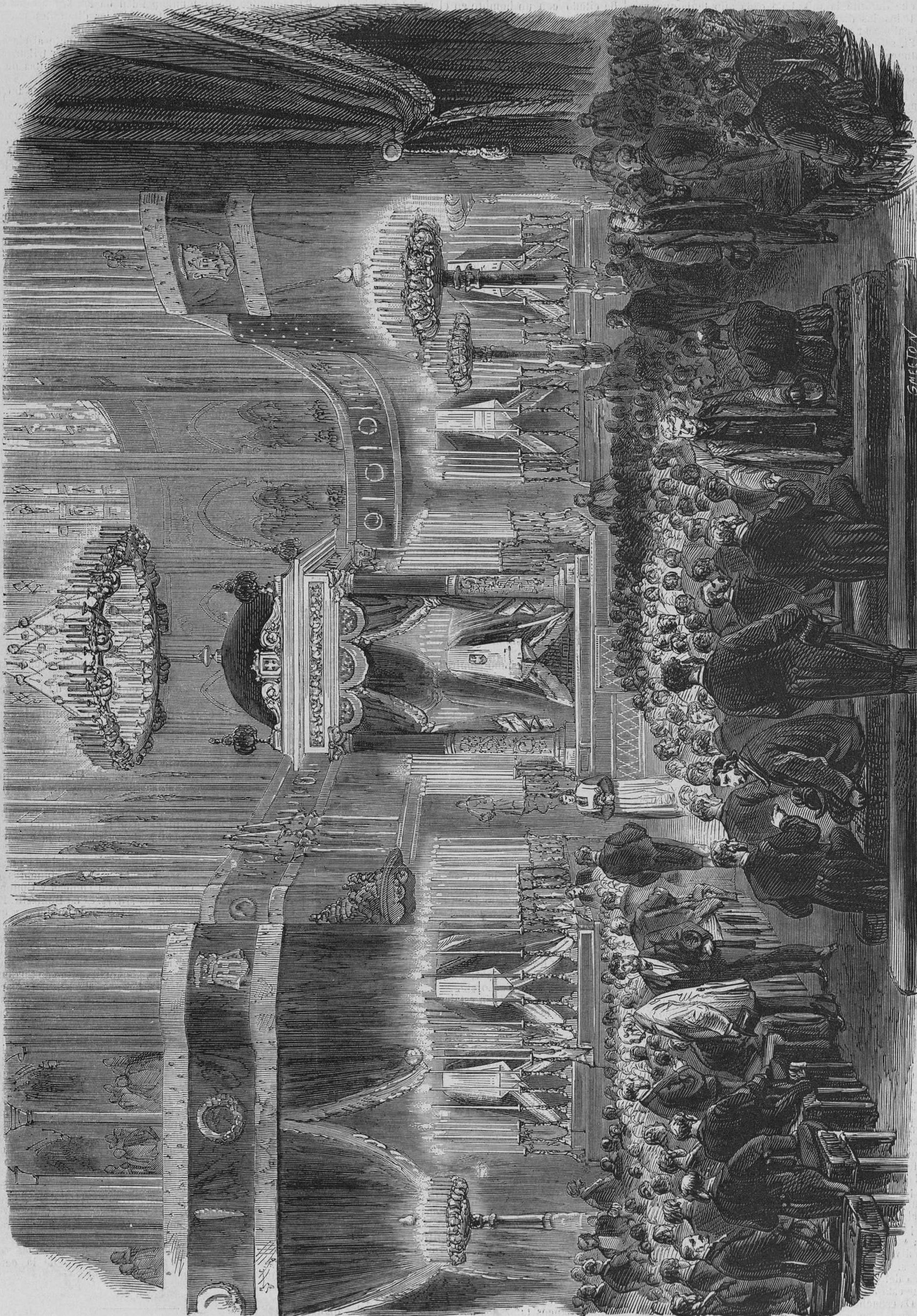
A la una se echaron las cinco absoluciones prescritas por el pontifical; por MM. Mabilie, obispo de Versalles, Hugonin, obispo de Bayeux, Meignon, obispo de Chalons, y Toulon, obispo de Nancy. Los canónigos titulares, prebendados y honorarios, y los sacerdotes dejaron sus puestos para acercarse á los cadáveres y rociarlos con agua bendita.

En aquel instante, el mariscal Mac-Mahon, los generales Vinoy, de Cisse, Trochu, Douay, Vergé, de Bellemare, Ladmirault, de Berkheim, Grenier, Lecretelle, dejaron la iglesia, siendo seguidos en breve por los miembros de la Asamblea, entre los que hemos notado á los señores Grévy, Buffet, Jules Simon, el general Changarnier, Benoist-d'Azy, Jules Favre, Jules Ferry, el almirante Pothuau, de Larey, etc.

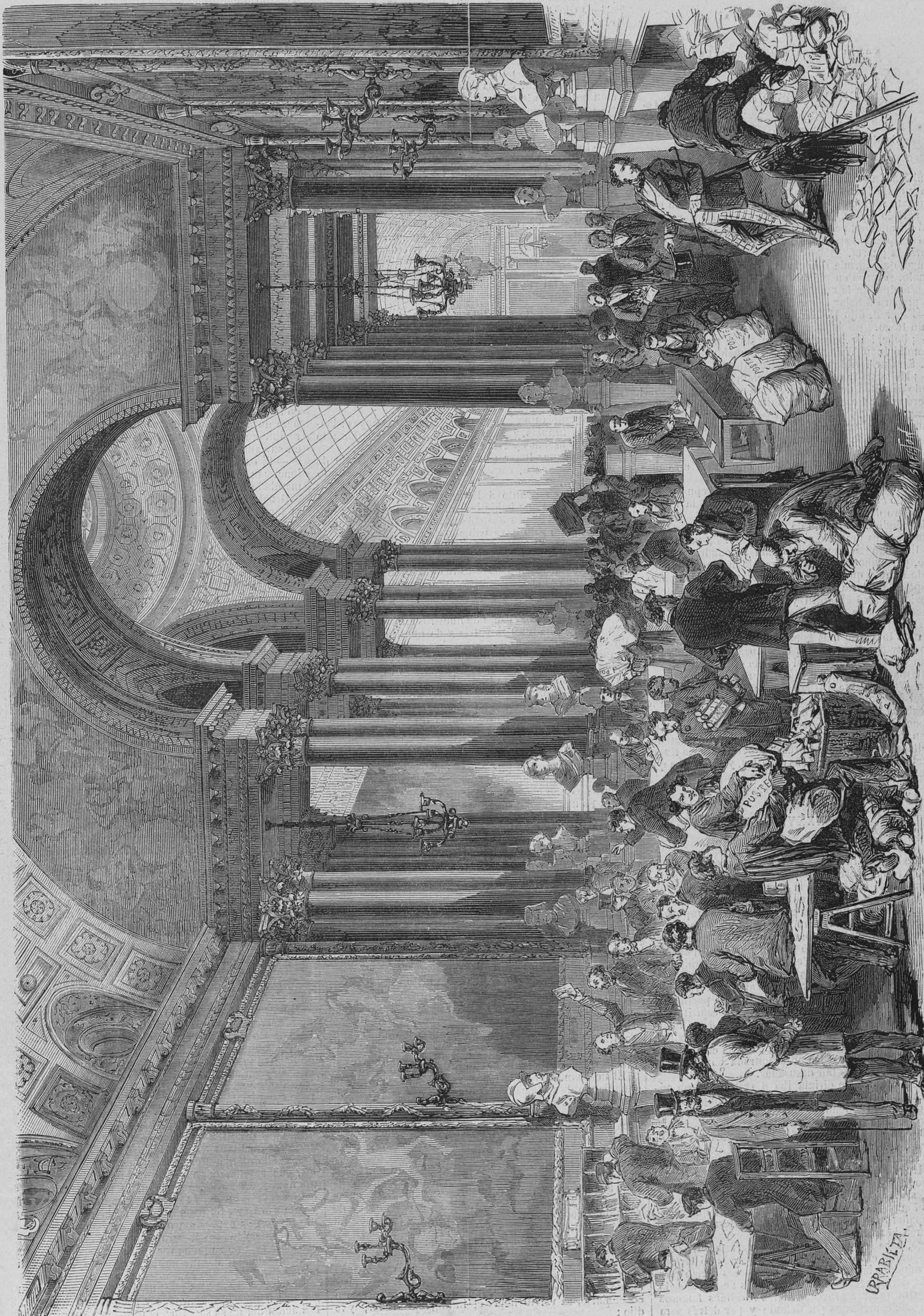
El cuerpo del arzobispo de París ha permanecido expuesto durante el resto del día. A las tres, el capítulo cantó las vísperas de difuntos, y el cuerpo fué bajado al panteón de los arzobispos de París.

Los cadáveres de las otras víctimas debian ser conducidos á sus respectivas parroquias; el de M. Surat quedó, sin embargo, en Nuestra Señora. El jueves se tenia que proceder á un servicio particular para ser transportado á Charenton.

Las campanas de Nuestra Señora y de las demás parroquias, acompañaron las diversas fases de la ceremonia.



Exequias del señor arzobispo de Paris, en la iglesia de Nuestra Señora.



La administración de Correos en Versalles. — Clasificación y arreo de las correspondencias en la galería de las Batallas, en el palacio de Versalles.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación — Véase el número 962.)

Tal fué sin embargo su actitud durante la conversación y el tío Juan estaba tan confuso, que permaneció largo rato sentado como un espectador pasivo sin saber qué partido tomar. Por fin se levantó, y M. Haredale le miró un momento con asombro como si se hubiese olvidado de que no estaba solo, le dió un apretón de mano y abrió la puerta.

Hugo, que dormía ó hacia ver que dormía tendido en el suelo, se puso en pié de un salto cuando entraron, y embozándose en la manta, cogió el garrote y la linterna y se preparó á bajar la escalera.

— Esperad, dijo M. Haredale, este hombre beberá tal vez un trago.

— ¡Beber! Se bebería el Támesis si no fuese agua, respondió Juan Willet. Ya beberá cuando estemos en casa. Será preferible que no beba antes.

— ¡Me gusta la ocurrencia! exclamó Hugo. Ya hemos andado la mitad del camino. ¡Qué amo tan malo sois! Volveré mejor á casa si bebo á mitad del camino. ¡Venga un trago!

Como el tío Juan no contestó, M. Haredale llenó un vaso de licor y se lo entregó á Hugo que al tomarlo arrojó algunas gotas al suelo.

— ¿Cómo le atreves á manchar la casa de un caballero? dijo el tío Juan.

— Brindo por esta casa y por su amo, repuso Hugo levantando el vaso sobre su cabeza y fijando la mirada en el rostro de M. Haredale.

Y bebiéndose el líquido de un tiron, dejó el vaso sobre una mesa y les precedió sin añadir una sola palabra.

El tío Juan se escandalizó con la conducta de su criado, pero viendo que M. Haredale hacia muy poco caso de Hugo y que tenía el pensamiento en otra parte, se dispuso de darle excusas, y bajando silenciosamente la escalera, cruzó el jardín y salió de la verja. Se paró entonces para que Hugo alumbrase á M. Haredale mientras este cerraba por dentro, y el tío Juan vió con asombro, como lo contó mas adelante repetidas veces, que estaba muy pálido y que sus ojos miraban con una expresión tan sombría que casi parecía otro hombre.

No tardaron en llegar á la carretera.

Juan Willet seguía á Hugo en el mismo orden que al salir del Maypole, y meditaba profundamente sobre lo que acababa de ver. De pronto Hugo le cogió del brazo para hacerle retirar á un lado, y casi al mismo tiempo pasaron galopando tres jinetes, los cuales le hubieran atropellado á no ser por el brusco movimiento de Hugo.

Aquellos jinetes pararon sus caballos, y esperaron que llegasen el mesonero y su criado.

XXXV.

Cuando Juan Willet vió que los jinetes se volvían de pronto, y formándose de frente esperaban que se acercase con Hugo, le acudió á la mente con una precipitación insólita la idea de que eran tal vez bandoleros. Si Hugo, en vez de un buen garrote hubiera empuñado una escopeta, á buen seguro que le hubiese mandado hacer fuego, y mientras este ejecutara su orden, nuestro mesonero hubiese procurado por su seguridad personal tomando las de villadiego. Pero en las desfavorables circunstancias en que se hallaban él y su edecan juzgó prudente adoptar otra táctica, y dijo al oído á Hugo que les dirigiese la palabra en los términos mas pacíficos y corteses. Para cumplir exactamente con el espíritu y la letra de esta orden Hugo se adelantó haciendo el molinete con el palo á las barbas del jinete mas próximo, y le preguntó con qué objeto venía con sus compañeros á galopar atropellando á la gente honrada por la carretera real á unas horas tan desusadas.

El jinete á quien se dirigía iba á responder con cólera y en el mismo estilo, cuando le interrumpió el del centro que, interponiéndose con aire de autoridad, dijo en voz alta, pero con amabilidad:

— ¿Me hareis el favor de decirme si estamos en la carretera de Londres?

— Si seguís en línea recta llegareis á Londres, respondió Hugo con rústico acento.

— Veo, dijo la misma persona, que sois un inglés muy grosero, si es que sois inglés, lo cual dudaría si no tuviérais el acento tan castizo. Estoy seguro de que vuestro compañero me contestará con mas cortesía. ¿Qué decís, buen hombre?

— Digo, caballero, que estais en la carretera de Londres, respondió el tío Juan. Y desearia, añadió en voz baja volviéndose hacia Hugo, que estuvieses á cien piés debajo de tierra, pedazo de atun. ¿Estás acaso cansado de vivir para venir á provocar á tres bandidos famosos que podrían acometernos por delante y por detrás para

hacernos tajadas y coger despues nuestros cuerpos en la grupa para arrojarnos al rio y ahogarnos?

— ¿Qué distancia hay de aquí á Londres? preguntó el mismo jinete.

— Cinco leguas cortas, respondió el tío Juan.

Esta expresión que acertaba la distancia tenía por objeto excitar á los viajeros á que continuasen sin tardanza su camino. pero en vez de producir el efecto deseado, hizo brotar de los labios del jinete una exclamación enteramente contraria:

— ¡Cinco leguas! Larga es la distancia.

Y á esta observación siguió una breve pausa de indecisión.

— Decidme, amigo mio, añadió el jinete, ¿hay mesones cerca de aquí?

Al oír la palabra mesones el tío Juan cobró aliento de una manera sorprendente, sus temores se desvanecieron como por encanto, y volvió á su estado normal de mesonero.

— ¿Mesones? No, respondió el tío Juan acentuando el plural, pero hay un meson... el único... el meson del Maypole. Pero no le llameis meson... decid mas bien que es el establecimiento mas importante que habreis visto á diez leguas en contorno.

— ¿Sois tal vez el amo de este establecimiento? dijo el jinete sonriendo.

— Sí, señor, respondió el tío Juan, muy sorprendido de que el desconocido hubiera hecho tal descubrimiento.

— ¿Qué distancia hay de aquí al Maypole?

— Un cuarto de hora.

El tío Juan iba á añadir que era un cuarto de hora escaso, el cuarto de hora mas corto que podía imaginarse, cuando el tercer jinete que hasta entonces habia permanecido detrás de sus compañeros, le interrumpió diciéndole:

— ¿Y tenéis una buena cama, una cama cuyas sábanas estén limpias y secas, donde solo hayan dormido caballeros aseados y respetables?

— En primer lugar nosotros no recibimos gente de poco mas ó menos, respondió el posadero, y en cuanto á la cama...

— Decid en cuanto á las tres camas, repuso interrumpiéndole el que habia hablado primero, porque necesitamos tres si nos hospedamos en vuestra casa, aunque mi amigo solo haya hablado de una.

— No, no, milord, sois muy bondadoso, excesivamente benévolo, y vuestra vida importa mucho á la nación en estos tiempos siniestros para que se ponga al nivel de una vida tan inútil y mezquina como la mia. Una gran causa, milord, una causa grandiosa depende de vos, que sois su guía y su campeón, su centinela y su vanguardia; es la causa de nuestros altares y de nuestros hogares, de nuestra patria y de nuestra fe. Permitted que duerma en una silla... sobre una alfombra... en cualquiera parte; nadie se alarmará si cojo un resfriado ó una calentura. Dejad que Juan Grueby pase la noche al raso... ¿qué le importará al mundo? Pero cuarenta mil hombres de nuestro país, de esta tierra que rodean las olas, sin contar las mujeres y los niños, tienen sus ojos y sus pensamientos fijos en lord Jorge Gordon, y todos los dias, desde que sale el sol hasta que se oculta, ruegan á Dios que se conserve su robustez y su salud. Sí, milord, dijo el orador enderezándose sobre los estribos, es una causa gloriosa y no debe ser olvidada; es una causa poderosa, y no debe ponerse en peligro; es una causa santa, y no debe ser abandonada.

— ¡Es una causa santa! exclamó Su Señoría alzando el sombrero de una manera muy solemne. ¡Amen!

— Juan Grueby, dijo el otro jinete que hablaba sin respirar ni escupir, Su Señoría ha dicho amen.

— Ya lo he oído, señor, dijo el hombre sentado sobre el caballo como un jinete de palo.

— ¿Por qué no decís amen como él?

Juan Grueby continuó tieso é inmóvil sin desplegar los labios.

— Me sorprendeis, Grueby, dijo el sempiterno orador. En una crisis como la actual, cuando la reina Isabel, aquella reina virgen, llora desde el fondo de su tumba, y María la Sangrienta con un rostro sombrío y ceñudo marcha triunfante...

— Señor, dijo Grueby con tono adusto, ¿es prudente hablar de María la Sangrienta en la situación actual cuando milord está mojado hasta los huesos y rendido de cansancio? Dejados seguir nuestro camino hasta Londres, ó detengámonos en una posada, pues de lo contrario, esa desventurada María la Sangrienta será responsable de otra desgracia, y habrá causado en su tumba mucho mas mal que durante toda su vida.

El tío Juan, que no habia oído jamás hablar á nadie escupiéndose de su boca tantas palabras con una fecundia y un acento oratorio tan á prueba de pulmones propios y de oídos ajenos, á cuyo cerebro era completamente incapaz de sostener tal rociada de elocuencia ni de comprenderla al momento, renunció á prestar atención y recobró la suficiente presencia de ánimo para hacer observar que el Maypole estaba en disposición de recibir dignamente á los tres huéspedes, los cuales encontrarían buenas camas, vinos exquisitos, cómodas habitaciones, excelentes caballerizas, salas de descanso y de reunión y comidas servidas en el mas breve plazo. En una palabra, pasó revista á todos los cabos de frases laudatorias que estaban pintados en las diversas partes de su meson y que durante cuarenta años y pico habia aprendido á repetir de una manera muy correcta.

Estaba reflexionando si podia añadir algun nuevo reclamo, cuando el caballero, que habia sido el primero en hablarle, se volvió hacia el infatigable orador, y le dijo:

— ¿Qué os parece, Gashford? ¿Nos detenemos en el meson ó continuamos nuestro camino? Decidid.

— Expondré mi parecer, milord, respondió con meloso acento Gashford; soy de opinion de que vuestra salud y vuestra libertad de ánimo, que importan tanto despues de la Providencia á nuestra gran causa, á nuestra causa pura y fiel (Su Señoría se quitó el sombrero aunque llovía á cántaros), necesitan el descanso para fortalecerse.

— Id delante, posadero, y enseñadnos el camino, dijo lord Jorge Gordon; os seguiremos al paso.

— Si lo permitís, milord, dijo Juan Grueby en voz baja, cambiaré de sitio é iré delante. La facha del amigo del posadero no es de las mas santas, y seria prudente tomar algunas precauciones.

— Juan Grueby tiene mucha razon, dijo M. Gashford colocándose detrás precipitadamente. Milord, no debe exponerse una vida tan preciosa como la vuestra. Colocaos delante, Grueby, y al menor ademán sospechoso de ese rústico, levantadle la tapa de los sesos.

Grueby no contestó, pero mirando á otro lado como parecia hacerlo por costumbre cuando hablaba al secretario, dijo á Hugo que se pusiera en marcha y le siguió de cerca.

Iba detrás Su Señoría, llevando al lado á Willet, y el secretario de Su Señoría, porque tal era al parecer el empleo de Gashford, cerraba la marcha.

Hugo andaba rápidamente y á grandes pasos, volviéndose con frecuencia para mirar al criado cuyo caballo le besaba casi la espalda y dirigiendo de reojo una mirada á las pistoleras. El criado era un inglés de raza pura, un mozo cuadrado, robusto, de cuello de toro, que miraba á Hugo con desden, mientras Hugo le miraba con ademán de reto. Tendría unos cuarenta y cinco años de edad, pero era uno de esos hombres de cabeza dura, fria é imperturbable, que no hacen caso al recibir un garrotazo y no se detienen por tan poca cosa en su camino.

— Si os hiciera extraviar, dijo Hugo con sonrisa burlesca, ¿me levantaríais la tapa de los sesos como os han mandado?

Grueby hizo tanto caso de esta pregunta como si fuera sordo y Hugo mudo, y continuó su camino mirando hacia delante.

— ¿Habeis probado alguna vez las fuerzas cuando érais jóven? dijo Hugo. ¿Sabeis manejar el palo?

Grueby le miró de reojo con la misma indiferencia y sin dignarse responderle.

— ¡Así! dijo Hugo ejecutando con su garrote uno de aquellos hábiles molinetes que formaban las delicias de los campesinos de aquella época.

— O así, respondió Grueby rechazando con su látigo el palo de Hugo y descargándole un golpe en la cabeza con el mango. Sí, en otro tiempo manejé algo el palo. Llevais el cabello muy largo, pues de lo contrario os hubiera abierto el cráneo.

En efecto, el golpe fué vivo y dejó sentir la mano de Grueby, de modo que Hugo se vió tentado, despues de su primer aturdimiento, á arrojar de la silla al criado de Su Señoría. Pero como el rostro de Grueby no demostraba malicia, triunfo, encono ni nada que pudiera hacer creer en una ofensa premeditada, y su aspecto era tan tranquilo é indiferente como si acabase de ahuyentar una mosca que le molestase, Hugo se vió tan desarmado y dispuesto á considerarle como un valenton de robustez casi sobrenatural, que se contentó con reír y exclamar:

— ¡Buen golpe!

Pero desde entonces fué mas prudente, y separándose de su peligroso compañero, no volvió á romper el silencio.

Algunos minutos despues los tres jinetes hicieron alto en la puerta del Maypole.

Lord Jorge y su secretario entregaron sus caballos al criado, que guiado por Hugo los llevó á la caballeriza.

Contentos de verse libres de la inclemencia de la noche, los dos caballeros siguieron al tío Juan á la cocina, y puestos en pié delante del hogar donde ardía un buen fuego, se calentaron y secaron en tanto que el posadero se ocupaba en dar las órdenes correspondientes y dirigía los preparativos que exigía el elevado rango de su huésped.

Mientras entraba y salía muy atareado, tuvo ocasion de observar á los dos viajeros que hasta entonces solo habia visto á la pálida luz de la linterna. El lord, el gran personaje que tanto honor hacia al Maypole, era de mediana estatura, flaco y de rostro macilento, tenía la nariz aguileña, y sus largos cabellos castaños caían lacios sobre sus orejas. Vestía debajo de su gaban un traje completamente negro, sin adornos y de corte sencillo y modesto, y la gravedad de su vestido, unida á lo enjuto de sus megillas y su austero continente, le daban diez años mas, pero no habia pasado de los treinta. Mientras meditaba en pié al rojizo resplandor del fuego, llamaba la atención el ver sus ojos rasgados y brillantes, que revelaban una continua movilidad de pensamientos y designios, en completo desacuerdo con la calma estudiada de su aspecto, así como con su extraño y sombrío traje. Su fisonomía no tenia nada de áspero ni cruel en su expresión, como tampoco su figura, que era delgada y nerviosa, pero anunciaba un malestar indefinible que no se podia ver sin sentir compasión hacia aquel personaje, aunque hubiera costado trabajo explicar por qué inspiraba sentimientos compasivos.

El secretario era mas alto, de formas angulosas, cargado de hombros, descarnado y poco airoso. Su traje, á imitación del de su superior, era modesto y grave hasta el exceso, y se veía en sus ademanes un amanera-

miento estudiado. Sus cejas eran abultadas, grandes sus manos, grandes sus pies y grandes sus orejas, y sus ojos parecían haberse retirado al fondo de su cabeza abriéndose allí una caverna para ocultarse. Su aspecto era amable y humilde, pero tortuoso y evasivo, y parecía que estaba constantemente en acecho esperando alguna presa que no quería llegar, pero era paciente, tan paciente como un perro perdiguero que meneaba la cola sin moverse. Hasta en aquel momento, mientras se calentaba y se restregaba las manos delante del fuego, no parecía tener otra pretensión que la de disfrutar del calor como un subalterno, y aunque sabía que su amo no le miraba, le lanzaba de vez en cuando una mirada, y se sonreía con aire sumiso y lleno de deferencia como para no perder el hábito.

Tales eran los huéspedes en los cuales clavaba sus ojos Juan Willet, examinándoles con imperturbable obstinación. Se adelantó por fin hacia ellos, llevando en cada mano un candelero, y les suplicó que le siguiesen al salón.

— Porque esta cocina, milord, dijo el tío Juan con énfasis, pues es indudable que muchas gentes tienen tanto gusto en dar tratamiento como en recibirlo los grandes señores, porque esta cocina, milord, no es propia para Vuestra Señoría, y debo pedir perdón á Vuestra Señoría por haberle dejado aquí un solo minuto.

Después de esta alocución, el posadero les condujo al salón de recibimiento que, como todas las cosas de ceremonia y aparato, era frío é incómodo. El rumor de sus pasos, repercutido al través del aposento con un sonido hueco, y su atmósfera húmeda y glacial era doblemente desagradable por su contraste con el calor de la cocina que acababan de abandonar.

Hubiera sido inútil, sin embargo, pensar en volver á ella, porque los preparativos se hicieron con tal presteza que ni siquiera hubiesen tenido tiempo para dar contraórden.

El tío Juan, llevando en ambas manos los altos candeleros, precedió á los nobles huéspedes hacia la chimenea con una profunda reverencia; Hugo, entrando á grandes pasos, arrojó un tizon encendido y varias ramas secas en la chimenea; Juan Grueby, llevando en el sombrero una escarapela azul, de la cual parecía hacer poco caso, dejó en el suelo la manta de viaje que había quitado al caballo, y los tres se ocuparon en el acto con actividad en desplegar el biombo, en poner los manteles, en exarinar las camas, en encender fuego en las chimeneas de los dormitorios, en adelantar la cena y en arreglar todo lo que era susceptible de arreglo en el mas breve plazo posible.

En menos de una hora la cena estuvo servida y despachada; y lord Jorge y su secretario con las piernas extendidas delante del fuego, y reemplazadas las botas con unas babuchas, se sentaron cerca de un barreño lleno de vino caliente con azúcar.

— Así se termina, milord, dijo Gashford llenando el vaso con mucha gracia, la obra buena de un día que el cielo bendice.

— Y de una noche igualmente bendita, dijo Su Señoría levantando la cabeza.

— ¡Ah! exclamó el secretario poniendo las manos en cruz, una noche bendita en verdad. Los protestantes de Suffolk son hombres piadosos y fieles. Aunque muchos de nuestros compatriotas están extraviados en las tinieblas como lo hemos estado nosotros esta noche en el camino, esas buenas gentes no han abandonado la senda de luz y de gloria.

— ¿Les he conmovido, Gashford? dijo lord Jorge.

— ¡Si les habeis conmovido, milord... si les habeis conmovido! Clamaban para que les llevasen contra los papistas, pedían una terrible venganza, rugían como poseídos.

— ¡Poseídos! dijo lord Jorge. Pero no poseídos del demonio.

— ¿Del demonio, milord? No, decid mas bien de los ángeles.

— Sí, de los ángeles, no hay duda, dijo lord Jorge poniéndose las manos en los bolsillos y sacándolas para morderse las uñas, mirando al fuego con cierto embarazo. Solo pueden estar poseídos de los ángeles. ¿No es cierto, Gashford?

— ¿Y lo dudais, milord? dijo el secretario.

— No, repuso lord Jorge, no. ¿Por qué habia de dudar...? ¿No es cierto, Gashford? Es verdad, sin embargo, añadió sin esperar respuesta, que habia entre ellos algunos que tenían una fisonomía verdaderamente diabólica.

— Cuando hicisteis con entusiasmo aquella noble declaración, dijo el secretario lanzando una mirada penetrante á lord Jorge, cuyos ojos recobraron poco á poco su animación mientras Gashford hablaba; cuando les declarásteis que no perteneciais á la tribu de los tibios ó de los tímidos, y les invitásteis á considerar que se preparaban á seguir á uno que les conduciría adelante aunque encontrara la muerte; cuando les hablásteis de 420,000 hombres que en la frontera de Escocia se harían justicia el día menos pensado si no se les hacia; cuando gritásteis: «¡Perezcan el papa y todos sus secuaces! ¡Las leyes penales dadas contra ellos no se anularán jamás mientras los ingleses tengan corazones y manos!» y agitásteis la vuestra antes de llevarla al puño de la espada; y cuando exclamaron ellos: «¡No mas papismo!» y vos les contestásteis: «¡No! aun cuando nos veamos precisados á pisar sangre; y ellos agitaron los sombreros: «¡Viva! ¡No! Aun cuando pisáramos sangre. ¡No mas papismo, lord Jorge!» mientras sucedía esto y una palabra vuestra excitaba ó apaciguaba el tumulto, ¡ah! entonces comprendí toda la

grandeza de vuestra empresa, y me decia interiormente: ¿Hubo jamás un poder comparable con el de lord Jorge Gordon?

— ¡Teneis razon, es un gran poder! exclamó con los ojos centellantes de entusiasmo. Pero ¿dije realmente todo eso, querido Gashford?

— Y mucho mas aun, respondió el secretario alzando los ojos al cielo; mucho mas aun.

— ¿Y les hablé de los 420,000 hombres de Escocia, como deciais, amigo Gashford? preguntó con evidente placer. Era mucho atrevimiento.

— Nuestra causa es tambien un atrevimiento. La verdad es siempre atrevida.

— Es cierto; lo mismo que la religion. Tambien es atrevida.

— Lo es la verdadera religion, milord.

— Y lo es la nuestra, respondió lord Jorge agitando con inquietud en su asiento, y mordiéndose las uñas como poeta que no encuentra consonantes. Es indudable que la nuestra es la verdadera. ¿Estais tan seguro como yo, Gashford, de que es la verdadera?

— ¿Y milord puede preguntármelo á mí, dijo Gashford con su tono hipócrita y zalamero, acercando la silla con ademan ofendido y descansando la palma de la mano sobre la mesa, á mí, repitió dirigiéndole desde las sombrías cuencas de sus ojos una sonrisa maléfica, á mí que, convencido hace un año por vuestra mágica elocuencia, abjuré los errores de la Iglesia romana y me adherí á Vuestra Señoría como á un libertador que me habia arrancado del borde del precipicio?

— Es cierto. No, no. Lejos ha estado de mi mente esa idea, repuso lord Jorge dándole un apretón de mano, levantándose de su asiento y paseándose por la sala con agitacion. ¿Sabeis que llena de orgullo el guiar al pueblo? añadió parándose de pronto.

— Y guiarle por la fuerza de la razon, respondió su adulador.

— Sí, es cierto. Pueden toser, mofarse y murmurar en el Parlamento, y pueden tratarme de loco y visionario, pero ¿quién de ellos puede levantar ese océano humano y hacerlo hinchar y rugir á su antojo? Ninguno.

— Ninguno, repitió Gashford.

— ¿Quién de ellos puede vanagloriarse como yo de no haber admitido del ministro un regalo corruptor de mil libras esterlinas anuales para ceder mi puesto á otro? Ninguno.

— Ninguno, volvió á repetir Gashford tomándose entre tanto la parte del león del vino caliente con azúcar.

— Y como somos hombres honrados y sinceros, como somos los defensores fieles de una causa sagrada, dijo lord Jorge, cuya tez se animaba, y su voz era mas fuerte á medida que hablaba, y apoyando su mano febril en el hombro de su secretario, como somos los únicos que nos interesamos por el pueblo, lo apoyaremos hasta el fin, y lanzaremos contra esos ingleses renegados que se han hecho papistas un grito que retumbará al través del país con el estampido del trueno. Seré digno de la divisa de mi escudo de armas: *Llamado, elegido y fiel*.

— Llamado por el cielo, dijo el secretario.

— Elegido por el pueblo.

— Sí.

— Fiel á los dos.

— ¡Hasta el cadalso!

Sería imposible dar una completa idea de la excitacion con que respondió á cada expresion de su secretario ó de la violencia de su acento y sus ademanes. Durante algunos minutos se paseó de un extremo á otro de la sala con precipitados pasos, y parándose de pronto exclamó:

— Gashford, tambien vos los habeis conmovido.

— Ha sido un reflejo de la auréola de milord, repuso el secretario llevándose la mano al corazón.

— Habeis hablado muy bien, dijo lord Jorge, y sois un grande y digno instrumento. Si me haceis el favor de llamar á Grueby para que traiga la maleta á mi cuarto y de esperar aquí hasta que me haya desnudado, arreglaremos los negocios como de costumbre, si no estais muy cansado.

— ¡Muy cansado, milord! Reconozco en esas palabras vuestra caridad. Sois cristiano de pies á cabeza.

Y el secretario inclinó el barreño del vino caliente y miró muy formalmente el fondo para ver la cantidad de líquido que quedaba.

Entraron á un tiempo en la sala Juan Willet y Juan Grueby, y encargándose el uno de los candeleros y el otro de la manta de viaje, condujeron á su cuarto al fanático lord, dejando al falso secretario solo bostezando y haciendo esfuerzos para no dormirse junto al fuego.

— Milord está acostado, señor Gashford, le dijo algunos minutos después Juan Grueby al oído y despertándole.

— Bien, gracias, Grueby. No hay necesidad hoy de velar. Ya sé cuál es mi cuarto.

— Supongo que no ireis á hablar á milord á estas horas de la noche de María la Sangrienta, dijo Grueby. ¡Ojalá no hubiera existido nunca esa desventurada mujer!

— He dicho que podiais acostaros, Juan, repuso el secretario. ¿No me habeis oído?

— Con todas esas Marías Sangrientas, esas escarapelas azules, esas gloriosas reinas Isabeles, esos gritos de «no mas papistas,» esas asociaciones protestantes y ese furor por hacer discursos, prosiguió Juan Grueby sin hacer caso de la advertencia de Gashford, milord ha perdido el juicio ó poco menos. Cuando salimos, nos sigue gritando «¡viva Gordon!» una turba de pillos tan haraposos, que estoy avergonzado y no sé á dónde mirar.

Cuando estamos en casa, vienen á rugir á la calle como una legión de demonios, y milord, en vez de mandar que los envíen noramala, se asoma al balcón, se rebaja hasta el punto de dirigirles discursos, y los llama «ciudadanos de Inglaterra» y «compatriotas,» como si los amase apasionadamente y les diera las gracias por venir á atronarle los oídos. No puedo explicarme el misterio, pero todos tienen que ver de una manera ú otra con esa María la Sangrienta y se ponen roncós de tanto vociferar su nombre. Todos son, sin embargo, buenos protestantes, pero es forzoso creer que esos protestantes tienen un terrible prurito por las cucharas y la vajilla de plata en general, cuando se dejan abiertas por descuido las puertas de la cocina. Me alegraré que no suceda otra cosa peor, pero si no conteneis á tiempo á esa chusma de perdidos, señor Gashford, porque me consta que vos atizais el fuego, os aseguro que se os subirán á las barbas, y que el día menos pensado los protestantes os ahogarán entre sus brazos, cosa que no ha hecho nunca hasta ahora María la Sangrienta, ó al menos no lo he oído contar.

Gashford habia salido de la sala, y estas reflexiones se perdian en el vacío. Cuando Grueby lo advirtió, se hundió con rabia el sombrero en la cabeza alzando sus alas para que no pudiera ver la sombra de la odiosa escarapela, y se fué á la cama haciendo ademanes proféticos y siniestros.

XXXVI.

Gashford se dirigió al cuarto de Su Señoría con rostro risueño, pero lleno de deferencia y de profunda amistad, y alisándose los cabellos mientras entonaba en voz baja un salmo. Cuando estuvo cerca de la puerta alzó la voz y se detuvo para cantar dos versículos.

Habia un notable contraste entre la ocupacion del secretario en aquel momento y la expresion de su fisonomía, que era repugnante y maliciosa en alto grado. Sus abultadas cejas oscurecian casi sus ojos, sus labios se contraian de una manera desdeñosa, y hasta sus hombros parecían comunicarse en voz baja en tono de mofa con sus enormes orejas caidas.

— ¡Chist! dijo con sigilo lanzando desde la puerta una mirada inquisidora. Parece que se ha dormido. ¡Dios quiera que duerma! ¡Cuántas vigiliás! ¡Cuántos cuidados! ¡Cuántos desvelos! ¡Ah, el Señor le reserva para hacer de él un mártir! Es un santo, si ha habido un santo en esta miserable tierra.

Dejó la luz sobre una mesa, se acercó de puntillas hasta el fuego, y sentándose en una silla de espaldas á la cama, continuó hablando consigo mismo como quien piensa en voz alta.

— El salvador de su patria y de la religion, el amigo de los pobres, el enemigo del rico orgulloso, el amor de los desgraciados y de los oprimidos, el ídolo de los cuarenta mil corazones ingleses atrevidos y fieles... ¡Qué feliz será su sueño!

Y suspiró, se calentó las manos y sacudió la cabeza como lo hacen los que tienen el corazón enternecido, volvió á suspirar y continuó calentándose las manos.

— ¿Qué hay, Gashford? dijo lord Jorge, que estaba en la cama despierto y le miraba desde que habia entrado.

— Milord, dijo Gashford estremeciéndose y mirando en torno suyo como sorprendido. ¿Os he molestado?

— No dormia.

— ¡No dormiais! repitió con fingida confusion. ¿Qué puedo decir para excusarme por haber expresado en vuestra presencia algunos pensamientos?... Pero eran sinceros, exclamó el secretario enjugándose con la manga sus enjutos ojos. ¿Y por qué he de sentir que los habeis oído?

— Gashford, dijo el pobre lord alargándole la mano con manifiesta emocion, no lo sintais. Me amais, lo sé, me amais demasiado, y no merezco tal homenaje.

Gashford no respondió, pero cogió la mano y se la llevó á los labios.

Se levantó entonces para ir á sacar de la maleta un pequeño pupitre, lo colocó en una mesa cerca del fuego, lo abrió con una llave que llevaba en el bolsillo, se sentó delante, tomó una pluma, y antes de mojarla en el tintero ó chupó, tal vez para corregir la expresion de su boca que contraía todavía una sonrisa.

— ¿En qué estado se halla nuestra lista desde ayer noche? preguntó lord Jorge. ¿Tenemos realmente 40,000 hombres ó hacemos ascender la asociacion á ese número para evitar los picos?

— Nuestro total pasa de 23 asociados, respondió Gashford hojeando los papeles.

— ¿Y los fondos?

— No prosperan mucho, pero hay maná en el desierto, milord. El viérnes entró en nuestra caja el óbolo de la viuda.

Cuarenta basureros, tres chelines y cuatro peniques; Un carpintero remendon de la parroquia de San Martin, seis peniques;

Un campanero de la iglesia establecida, seis peniques. Un protestante recién nacido, medio penique;

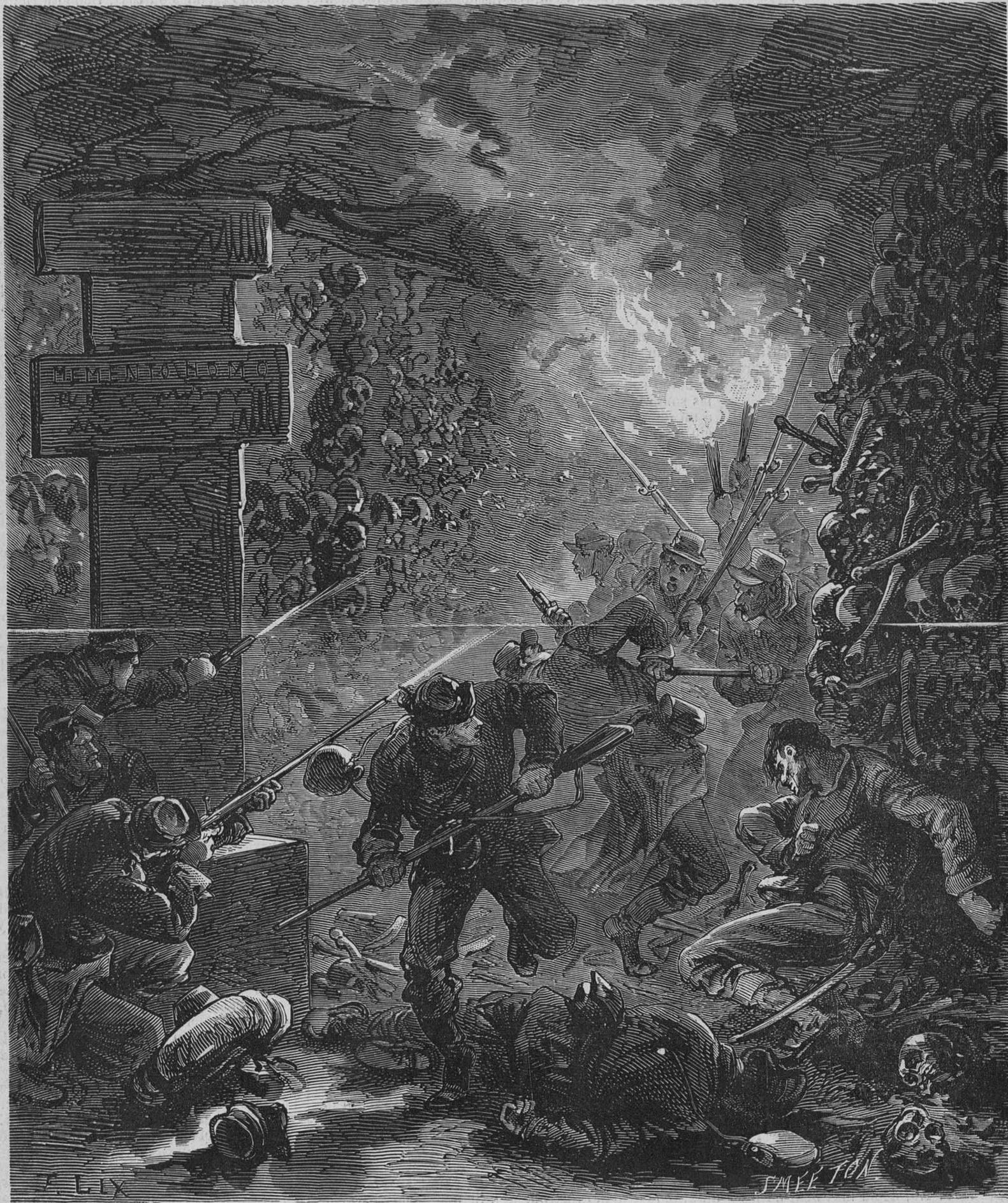
La sociedad de faroleros, tres chelines, uno de ellos falso;

Los presos antipapistas de Newgate, cinco chelines y cuatro peniques;

Un amigo en Bedlam, media corona.

Dionisio el verdugo, un chelín.

— Ese Dionisio, dijo Su Señoría, es un hombre muy fervoroso. Me llamó la atencion en medio de la multitud en Welbeck-Street el viérnes pasado.



La caza de hombres en las Catacumbas de Paris. — Persecucion de los insurrectos refugiados en las Catacumbas.

— Un hombre excelente, respondió el secretario, un hombre sólido, sincero y verdaderamente celoso.

— Es preciso animarle, dijo lord Jorge. Tomad nota de Dinisio. Le hablaré.

Gashford obedeció y continuó leyendo la lista de suscripción.

Los Amigos de la Razon, media guinea;
Los Amigos de la Libertad, media guinea;
Los Amigos de la Paz, media guinea;
Los Amigos de la Caridad, media guinea;
Los Amigos de la Misericordia, media guinea;
Los Hermanos vengadores de María la Sangrienta, media guinea;
Los Perros de presa Unidos, media guinea.

— Los Perros de presa, dijo lord Jorge mordiendo las uñas rabiosamente, ¿son una nueva sociedad?

— Se llamaron antes los Caballeros aprendices. Habiendo espirado por grados el tiempo del aprendizaje de los antiguos socios, han cambiado su nombre, según parece, aunque existen todavía entre ellos algunos aprendices. (Se continuará.)

La caza de hombres

EN LAS CATACUMBAS DE PARIS.

La persecucion de los insurrectos que se refugiaron en las catacumbas ha sido uno de los episodios mas dramáticos del gran drama de la toma de Paris por el ejército de Versalles.

La lucha en las calles de la capital estaba terminada; los insurrectos habian sido desalojados de todas sus posiciones, y los que no murieron en el combate ó fueron fusilados ó hechos prisioneros, buscaron su salvacion en la fuga.

Unos se refugiaron en las alcantarillas, otros en las canteras, y otros, en fin, el mayor número, en las Catacumbas.

Ninguno de estos asilos debia ser bueno para ellos. Perseguidos y atacados en todas partes, fueron fusilados ó hechos prisioneros y conducidos á Versalles.

En los primeros dias del mes de junio comenzó la caza de hombres en las Catacumbas.

Las tropas penetraron por la puerta de la barrera de Enfer, en tanto que otros soldados ocupaban sólidamente la otra puerta que da al llano de Montsouris. Después los soldados entraron con antorchas en el inmenso osario.

Nuestro dibujo habla con bastante elocuencia para que juzguemos oportuno entrar en largas descripciones. Horrible debió ser esa lucha suprema al rojizo resplandor de las antorchas, que alumbraba con siniestro resplandor el rostro de los combatientes. Furioso pataleo, gritos de ira y gritos de dolor, ayes de agonía y el ruido de las bayonetas y de los tiros; ¡qué escena! Todo esto en los largos corredores de esas bóvedas cubiertas de huesos, en medio de los muertos, turbados en el reposo que se les habia prometido. En efecto, sobre la puerta de las Catacumbas hay escrito en latin: *Has ultra metas requiescunt beatam spem expectantes*, esto es: «Mas allá de esos limites descansan esperando la vida bienaventurada.» C. D.